

AUTOGRÁFO

DE LA SECRETARÍA DEL GENERAL JOSÉ MARTÍ GORDOBA

POR JUAN C. LLIBRO

No hay retirada! Firmas á discreción! Hago de Tenedores!
José María Córdoba.



Dios conserve
al Héroe para
la Patria!

Félix de Restrepo.



Si es imposible
vencer, no es
imposible
morir!

José María Córdoba.



Córdoba!

Córdoba!

Mi Esfuerzo,
mi amigo,
mi valeroso
Rey! Una
sola gota de su
sangre valia
más que todos
sus enemigos!

Simón Bolívar.



El Concejo Municipal y la Junta del Centenario, de Hionegro,
saludan atentamente al señor

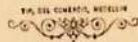
Presidente del tercer Piso

y tienen el honor de presentarle este recuerdo del primer Centenario
del Héroe de Ayacucho, General José María Córdoba, hijo
esclarecido de esta ciudad.

Hionegro, Septiembre 8 de 1899.

El Presidente del Concejo Municipal, **Ramón Correa.**

El Presidente de la Junta del Centenario, **Pascual Uribe R.**



La vida del autor
a la Biblioteca de
"El Foco Puro"

Medellán, Sept. 8. de 1898

Biografía.

del General José María Córdova,
preparada á excitación de la Municipalidad
de Concepción,

por

Juan C. Marco.

EL TERCER PISO
BIBLIOTECA
SANTO-DOMINGO

I

* El 8 de Septiembre del año de 1799, en el pequeño y gracioso pueblo de Concepción, sito en Antioquia, uno de los nuevos Estados que constituyen la Confederación Colombiana, nacia un niño, cuyo nombre, al par que honra y gala de su patria en día, estaba destinado á iluminar todo un Continente con el brillo de sus clarísimas hazañas: ya se habrá comprendido que hallarnos de José María Córdova, del gentil y denodado lidiador que en la inmortal jornada de Ayacucho le dio la última mano á su drama magnífico y sangriento que la Historia ha consagrado con el nombre de emancipación de la América Española.

Sobre la cumbre de un risueño cerro, encerrado dentro de los linderos de una pequeña heredad, que desvora unos doscientos metros de la plaza de Concepción, su actual propietario, el bondadoso anciano, Sr. José Miguel Chirremendi, conterniéndose del Sr. Córdova, con los ojos humedecidos, delinea imaginariamente ante las vívidas miradas del curioso viajero, el recinto que ocupaba la casa cuyas pa-

* En la Ig^a de Nra S^a de la Inmac^{ta}, en 13 de 7bre de 1799, yo D. Juan José González, cura Parrocho de este sitio, baptice solemn^{te} según dispuso nra Sta madre la Ig^a, á un niño q. nació el día 8 de Septbr, hijo legítimo y de legítimo matrimonio, de D. Crisótopo Córdova y D^a Pascuala Muñoz, vecinos de esta Parroq^a; y á dicho niño le fue puesto de nombre Sr. M^o José Córdova y Padua á Sr. D. José Antonio Chirremendi; y p^o q. conste lo firmo Juan José González.

redes oyeron los primeros ruidos del niño predestinado, a quien la fama reservaba alto renombre.

No se intencionaron quienes quisieron en una manera incontrovertible, el lugar del nacimiento del Gran Córdoba; era porque esta circunstancia importante en la Biografía de un hombre de un alto talla moral, no ha sido aclarada hasta la fecha, o, mejor dicho, porque se ha ignorado en grado tal, que ni el Sr. Restrepo, el biógrafo de nuestros principales próceres, Sr. Baraya, y los que en raras ocasiones tocan, hasta el punto legislativo nacional, que, aunque tarde, ha acordado la erección de un monumento en honor del héroe americano; todos de consuno han equívocamente buscado el lugar; - era porque, sin fundamentos de ninguna clase, alguno otro lugar ha pretendido usurparle a Concepción una gloria reservada.

Allí en los tiempos antiguos, siete pueblos de la Magna Grecia, se disputaron a puñal el honor de haberle servido de cuna al primero y más grande de los poetas, al divino Homero; en los tiempos modernos, hemos visto agitarse en España una contienda semejante, entre otros tantos pueblos, pretendiendo la gloria de haber visto nacer en sus seno al príncipe de los ingenios, el inmortal Cervantes; ¿qué muchos que un pequeño pueblo como Concepción, intenta reivindicar el único título de consideración de que puede ~~hacerse~~ legitimamente hasta la fecha, y de que se le ha querido despojar sin la más baja sombra de derecho?

Y no se alegue que el nacimiento del gran Córdoba pudo haber ocurrido incidentalmente en Concepción, por una simple y transitoria residencia de sus padres en aquel pueblo: tenemos a la vista la última acta de visita practicada en el padre Alonso de Saavedra Joaquín Traya, Obispo de Medellín, a fines del año 1874, documento que justifica plenamente, que cuando Concepción fue erigida en parroquia, en 26 de noviembre de 1774, ya residían allí Don Diego y Doña Catalina Córdoba, abuelo, tatarabuelo, y padre el gran

de nuestro héroe, como también su madre, la Señora Pascuala Muñoz, todos de antequera y distinguida familia. (Repertorio Eclesiástico de la Diócesis de Medellín, N.º 10.)

En Concepción permaneció el niño Sr. María hasta la edad de nueve años, en que, esmerándose ya en actitud de aprender los primeros rudimentos del saber, y no existiendo en dicho pueblo una escuela medianamente organizada, por la brevedad del régimen colonial en materia de instrucción especialmente, restituyó sus padres enviándolo a San Vicente, Distrito contermino con Concepción, en donde recibió el bautismo de la infancia, bajo la dirección de Don Manuel Bravo.

En 1822, con ocasión de un viaje que hizo a los puertos de nuestra costa del Atlántico, en compañía de un respetable padre, que iba por asuntos de comercio, tuvo oportunidad de ver más de cerca los primeros chispazos de un vasto incendio en que empezaba a arder de uno a otro extremo, todo el territorio de la América Española; incendios en que estaba destruido el campo en primera línea dentro de poco tiempo, estirándose a la mayor parte de los hombres ilustres que se ocupaban de la sazón en ablegar constituyentes en torno de esa gran pira en que iban a convertirse en cenizas las cadenas que oprimían al hermoso mundo de color. En el tránsito, habiendo sido ^{aprehendido} ~~aprehendido~~ en unión de un arcaico padre, por alguna partida realista de las muchas que cruzaban el Magdalena en aquella primera época de la guerra, desplegó heroica e inextinguible serenidad en medio del inminente peligro que corrían de perder la vida, que ya desde entonces pudo presentirse que el mundo no había entrado para nada en la privilegiada constitución de aquel adolescente, iniciada en la misma burguesía de que se brevían esos héroes maravillosos que la Historia conoce con los nombres de Nelson, de Bayardo y Cortés.

Poco tiempo después de su regreso de aquel viaje, el joven Córdoba se matriculó en la Escuela de Ingeniería que acababa de fundar el sabio Lúdas,

el Heróico americano. Desgraciadamente para la
Cruzada, pero por fortuna para la gran causa de la eman-
cipación de las Colonias españolas, se desvió por las prime-
ras insinuaciones del Coronel ^{de punto, instruido en las artes,} Serriez, distinguido ofi-
cial extranjero, que había puesto su espada al servicio de
aquella causa, Licédo ^{de punto, instruido en las artes,} Atanar una carrera en la
que en muy pocos días pudo dar muestras nada equi-
vocas de sus brillantes disposiciones, especialmente para
la ciencia de la Matemática II

Rezamos al año de 1815: la América Espa-
ñola desde el río Colorado hasta el estrecho de Magallanes
ofrecía el imponente espectáculo de un gran campo de ba-
talla en que Hidalgo y Morelos, Bolívar y Páez, San-
tander y Navarro, San Martín y O'Higgins, tenían espu-
ros mandatos para instruir del guiso insuperable de la ges-
tada España, la más bella porción de nuestro planeta.
Todos los pueblos de las latitudes ^{de punto,} rivalizaban
en gloria, sin omitir sacrificios de ningún género, en ofre-
cer toda clase de recursos, incluso la sangre de sus más
amados hijos, en favor de la causa santa de la libertad y del
derecho. Y ya Antioquia, que acababa ^{de punto,} en el Báltico al
invicto Atanar Licédo, que en los 21 años no más, ha-
ría eclipsado ya a todos los héroes de Bolívar, que esta-
ba próximo a perder también al glorioso vencido en la
luchilla del Furo, Licédo Mejía; que había desentendado
el arbitrio de la Revolución, sin riesgo de apagarla ya, por
que repulsa sobre ella el poderío putrefacto del Mercader
americano, el elocuente Tea; - iba a lanzar en el combate
de la sangrienta liza, la formidable espada destina-
da a cambiar la faz de los acontecimientos, y a arran-
car de raíz la más preciosa joya de la diadema his-
pánica: - al fin el Aquiles de la moderna epopeya ha-
bía sido encontrado por Serriez en medio de los ruidos
de la Liza americana.

Y así como la yesca cuando está bien pre-
parada, se enciende a la primera chispa del pedernal,
basta una ligera insinuación del Coronel Serriez para
inflamar el corazón del joven Licédo, quien saltando

por encima de las suplicas y de las lágrimas de sus
cristalinos padres, se envolvió espontáneamente como si-
ple cadete, en el batallón de conscriptos que el gran patrio-
ta Juan del Corral, Presidente de la nueva República de
Antioquia, mandó al Valle del Cauca en cuartel de los
independientes, a principios de aquel año. Nombrado
ayudante del Coronel Serriez, el 5 de Julio de aquel
mismo año, fue el recibí su bautismo de sangre en la
memorable batalla del Palo, en que los patriotas capi-
tanados por el héroe Gral Cabal y por el mismo Serriez,
destruyeron completamente la fuerza realista que dirigía
Vidaurriaga. En aquella célebre jornada, el flamien-
te batallón "Antioquia", se cubrió de gloria, hasta el pun-
to de alcanzarle a merecer su comportamiento una
honrosa mención a nuestro querido historiador, el Sr. Re-
yes, tan parco en materia de elogios a estatuas.
No podía ser de otra manera: los otros nombres de Corde-
ba y Mejía habían bastado a immortalizarlo.

Pacificado el Cauca por los pronto con la victoria,
obtenida por los independientes en el Palo, Serriez se diri-
gió para Bogotá, al comenzar el año de 1816, con parte
de un división, llevando consigo al joven Licédo. Poco después de un mesada, fue Serriez ascen-
dido a General de brigada, y nombrado además Coman-
dante general de las fuerzas de la Unión, por el Sr.
Madrid, Presidente de las Provincias Unidas, para ha-
cer frente a los realistas. Pero ya no era tiempo: la si-
nistera nube que circundaba y entenebrecía todo el horizon-
te de la Nueva Granada, había empezado a descargarse
simultáneamente en guiso irresistible de aporron. El
feroz batallón, vencedor en la acción del ejército independiente
le capitaneado por el héroe Pareja Rovira, apretaba
por el Norte; - el implacable Castro, unido en el
Furo y en la Plata del héroe Mejía, empujaba
por el Sur a marchas redobladas, reanunciando los latidos
de artillería, como la humillada tierra al compres-
der instantáneamente la proximidad de un suceso y
fúrtiva festín; - por el bajo Magdalena, reducida ya

de escombros, la generosa Cartagena, la Numancia de los tiempos, se aproximaba por el sanguinario Morillo al frente de una horda de caníbales, hacia la capital de la Unión, donde sus escudos e' insuperables muradoras, oían con vago terror e' indefinible sobresalto, el rumor y redoblado retamar de aquella tempa asoladora, a' cuya primera oleada debían desaparecer en breve hiellos, Torres, Villanueva, Trives y otros mil nombres ilustres!...

Desorganizados y rebucogidos los patriotas a la vista de un ejército cuarenta de combates propios; - desahogado y debilitado el Gobierno de la Unión, que había mantenido hasta lastimosamente un tiempo precios en arcabuzes y nuevas cuestiones de organización; - relajada la disciplina, introducida la discordia, enarado el valor y divididos los ánimos, había necesitado de un genio providencial para hacer frente a' una situación tan desesperada, y desgraciadamente se le había presentado, no había sido comprendido aún. El Genl. Serrey, soldado activo, energico y valiente, pero desmañado, terco y sin ninguna de las dotes que constituyen un verdadero hombre de Estado, no era el adecuado para hacer surgir la luz de un rayo de esperanza, y así es que todo lo más que pudo hacer en medio de aquel nuevo campo de Agracante, en que todos sufrían por mandar y ninguno quería obedecer, fue salvar los restos del ejército independiente, trasladándolos a' Lima, donde, por lo menos, quedaba a' cubierto de cualquier sorpresa, teniendo a' un espaldas la guerra oriental de la elevada cordillera de los Andes.

Aumentada la columna de Serrey con la pequeña fuerza que a' la sazón organizaba el Coronel Santander, que tan alta nominación debía de alcanzar dentro de poco, resolvieron ambos jefes, internarse en Venezuela, y seguir quemando allí contra la España, bajo las órdenes del Leon de los Andes, del formidable Páez, que había ganado ya fama insuperable, con una serie de hazañas tan portentosas, que eclipsan los prodigios que nos cuentan de los héroes de la Fábula.

Lidoba, que había resistido una vez más,

a' las lágrimas de un anciano padre, que pudo conseguirle una licencia indefinida del Gobierno de la Unión, para avanzar a' los peligros de la guerra, se despidió de él en Jureja, y siguió con un antiguo jefe, el Genl. Serrey, hasta quedar también incorporado en el ejército de Páez. Bajo las órdenes de este caudillo militar desde fines del año de 1816 hasta terminación de 1817, y, esa estabandancia! en adelante imberbe de 17 años, no sólo pudo alternar desde los primeros días con esos lanceros indomables, que hacían seis años que venían confundiendo el espíritu y el alma entre las brevas españolas, sino que en las sangrientas jornadas de Trinidad de Arizuma, Achazacas y Palo del Jaguar, aparte de las diarias escaramuzas de aquella campaña sin rival, pudo despertar la admiración de esos centenarios que la Historia nos ha hecho conocer con los nombres de Obamendi, Carvajal, Rosdon y Carrero (a) el Negro Primero; y condecorarle al mismo Páez, en un Autobiografía, una honorífica mención.

En cuanto a Lidoba no estaba satisfecho a costumbre a' la observancia de la más estricta disciplina introducida por Serrey desde su ingreso en las filas de los independentes, con todo el rigor de la moderna táctica europea, no podía habituarse a' hacer parte de un ejército, ~~en~~ que, si bien es cierto, en materia de heroísmo, no existía superior en aquella contienda memorable, no puede decirse tan tanto en lo que concierne al orden, a' la moralidad y a' la instrucción elemental en el arte de la guerra. Páez mismo, con todo el respeto que imponían su heroica fortaleza y un condonamiento, no logró nunca sujetar por completo la indomita y bravia naturaleza de los humildes hijos de los Andes. Lidoba creó su propia tolerancia sus actos de insubordinación y sus pecuntes depredaciones; pero hechos ocurridos a' mediados de 1818, uno a' fin de ellos al proyecto que maquinaba en un momento hacia algún tiempo de separarse de aquel ejército, para pasarse a' unirse a' los videntes inmediatos del Genl. Bolívar, y fue el asesinato perpetrado en la persona de un antiguo jefe, el Genl. Serrey y de algunos distinguidos granaderos, que tuvo

lugar en aquella época, y, que, con razón o sin ella, se creyó
yo entonces a soldados de aquel ejército, y por motivos que
la gratitud no impone el deber de pasar por ellos...

Urdola al saber renegando a los hechos, y al ver
que nada se hacía para castigarlos, pidió su licencia al
Grat en jefe, para ir a servir al ejército de Mayana, y
como le hubiese sido negada sin razón satisfactoria, se ausentó
una noche con ánimos de llevar a cabo un propósito,
por encima de cualesquiera inconvenientes. Capturado por
una partida exploradora, fue considerado a muerte como
desertor, por un Consejo de Guerra improvisado ad-hoc,
pena que le fue remitida por el Grat Paez, por la solicitud
y espas mediación del Gobernador de Casanare, Sr. Juan-
José Sabido y del célebre Negro Primes, administradores
del valor y de la ciudad del simpático joven desertor. Sin
embargo, la perspectiva de una muerte inevitable al reincidir
en la misma falta, no lo contentó, y en primera oportuni-
dad volvió a fugar, tomando mayores precauciones, y de tal
modo se apareció incorporado en el ejército del Libertador, quien
lo recibió con muestras de la mayor cordialidad.

* Desde las rotas desastrosas sufridas por los in-
dependientes en San Mateo y en Urica, que concurren al
año fatal de 1816, hasta mediados de 1819, hubo para Bo-
lívar una serie no interrumpida de funestos acontecimi-
entos, capaces de dar al traste con la más firme resolución. Pero
aquel hombre tenía un temperamento excepcional, con un
conjunto de dotes tales, que una rota ~~de ellas~~ había bastado
para levantarle al nivel de las más altas proezas de la His-
toria: campeaba sobre todas ellas, al templo de su gran voca-
ción, profecto en el modo especial que reserba la Providencia
para ciertos seres privilegiados, destinados al cumplimiento
de una misión extraordinaria. Ello es un hecho, plena-
mente justificado, que cinco años de casi no intermiten-
tes derrotas; de decepciones de sus más fieles amigos; de
deshechos de sus más numerosos aliados; de insu-
bordinaciones a cada paso, correspondidas de deracatos
y aún de ultrajes a un mismo persona; lejos de abatele
o de hacerle ceder una sola línea en un propósito, a aquel

* Bajo un nombre inmemorial, hijo de una y de un padre, en 1818 y principios de 1819, durante la mal recibida
de los sucesos y múltiples incidentes de la Santa Fe, Calabaz, Oriz, el temblor y temer de los Javis en la zona y subterráneo
conspicuosmente en el alto, le alcanzaron sucesivamente las Armas de la Libertad y la Cruz de Mayo del ejército
independiente.

ánimo irreflexivo parecía desolarse y adquirir nue-
vos quilates al pasar por el fuego de la adversidad y del
infortunio.

Desde los últimos meses del año de 1818, hasta
fines de la primavera movida del de 1819, Bolívar no se
vio a librar una sola batalla campal a los realistas; por que
parece que una triste y prolongada experiencia había aca-
bado por imbuirle en un espíritu de irremediable convicción
de que la infantería republicana, compuesta en su gene-
ralidad de gente brava, e incapaz por consiguientemente, en el
manejo de las armas y en el arte de las evoluciones, no po-
día luchar con ventaja con la traida de la Península deli-
madamente por Month, acostumbrada en veinte años de con-
tinuo guerra con los mejores ejércitos europeos; y esa convic-
ción fortalecida aquel ánimo inquietante, alijándose a a-
pelar a todos los recursos de su rica y fértil imaginación, en
busca de un expediente o propósito para viltar una situación
tan erizada de peligros.

Al principio de Agosto de 1818, Bolívar, que aun
no se había establecido de los grandes desastres sufridos,
en la Puente y en el Rincon de los Teros, upo a un tem-
po mismo, la pérdida de la Provincia de Guayana, las
derrotas de los patriotas en Casanare y Puente de la
Madera; y lo que le fue más doloroso todavía, - el des-
moronamiento de un autoridad, y la proclamación del Gen-
Paez por el ejército de Apure, como Director Supremo de
la guerra. Sembrando así un mar de infortunio acontecimi-
tos, o casualidad fatal deracatos, en el ánimo de los patri-
tas más entusiastas, que la confianza desapareció casi
del todo, en presencia de una crisis que se veía venir con
indecible espanto. Pero no, todo no estaba perdido, ~~en~~
supuesto que allí estaba Bolívar todavía; el genio prece-
dido y misterioso, de quien Month mismo, un mártir
caricajado e errigo, llegó a decir en cierta ocasión: - "Bolí-
var, triunfante, sigue un itinerario conocido; perdidos, no
es posible acertar por donde caerá, más que nunca, caerá
y formidable." Y Month tenía razón de otra parte decidida.

Pues bien: cuando todo presagiaba un fin

minente y desastroso desentace, el Conde Santander, re-
 cien llegado de Casanare, se avista con el Libertador en el
 Orinoque, y le informa, entre otras cosas, que en aquella Provin-
 cia habia dejado una fuerza regularmente disciplinada
 de cerca de 1000 hombres, y que el Rey Sarmiento domi-
 naba el centro de la Nueva Granada con un ejército de
 3000 realistas, o lo mismo, desmoralizado por la inactividad
 y por la tolerancia, y enervado por las delicias de esa
 laguna granadina, que llamaban entonces Santafé.
 Al terminar su relación el Conde Santander, Bolívar,
 que ha comprendido al punto la posibilidad de destruir a
 aquel ejército, y de hacer de un centro tan considerable de recu-
 rsos como el que fundaba un territorio tan extenso, tan rico y tan
 poblado como aquel, se inspira de repente, y dominado por
 el fuego de la inspiración, que creaba de cruzar un monte, dicho
 sin meditación ni debate. Manifiesto de 15 de Agosto de aquel
 mismo año, que comienza con estas palabras y prosigue en pa-
 labras: "Granadinos: el sol no completará el curso de un añ-
 tal período, sin ver en todo nuestro territorio alzados bande-
 ras de la Libertad".

Y aquel ratiario no fue un vano anuncio, que de-
 cirnos: el 7 de Agosto de 1819, Bolívar, después de una rápida
 campaña de tres meses, que por el heroísmo de las defi-
 cuitadas superadas, dejó atrás el descomulgado paso de los At-
 les, sacrificado dos veces, con un número de 20 ingles, por
 dos de los más grandes Capitanes de la Historia, Arístides y
 Napoleón, aquella magnífica inspiración, que tuvo por
 inmediato resultado la gloriosa jornada de Boyacá, au-
 tora de la emancipación del Nuevo Mundo, se cum-
 plió literalmente.

En los memorables combates de Páez, Santarén
 de Ocañas y Corales de Buzoga, precursor de aquella gran
 jornada, Córdoba, que hizo toda la campaña, como je-
 fe ya de un batallón, en materia de inteligencia, de en-
 la y de ardimientos, no tuvo superior; pero en Boyacá, par-
 ticularmente, lucióse en tan alto grado todas sus prendas
 militares, que sobre el mismo campo de batalla fue
 ascendido a Teniente Coronel efectivo. Mas no fue es-

to sólomente: Bolívar que, con ese oficio profético que caracte-
 riza con frecuencia las operaciones del genio, presentia
 ya en aquel joven al hombre de Pichincha y Ayacucho,
 le comisionó para venir a rescatar la Provincia de un ma-
 cumbante; y con el empleo de "Jefe de operaciones sube Al-
 troquera, le delegó, sin excepción, las mismas facultades
 de que estaba investido. Y aun no habia cumplido
 de 20 años! Y, cosa rara! aquel dictaducto sin
 bozo, no sólo no creó dificultades con el peso de semejante carga,
 sino que superó la previsión del Libertador.

III

El Comandante Córdoba se puso en marcha inmediata-
 mente con una columna de 1000 hombres, reducida en el tran-
 sito por las deserciones, a menos de la mitad, para venir
 a someter esta Provincia, que estaba a la sazón con un as-
 pectable granaciano, a órdenes del Potentado español, don
 Carlos Fábila. Afortunadamente el joven patriota que se
 apoderó de los realistas al saber el resultado de la batalla
 de Boyacá, fue tal, que si pesara del considerable número
 de recursos de que disponían todavía para defenderla con
 buen éxito, toda idea de existencia desapareció por lo pro-
 pio; y puede juzgarse del grado de un desaliento por el cual
 hecho de haber salido Córdoba en un periplo con un ofi-
 cial y tres soldados únicamente, con los que logró tomar
 algunos prisioneros y no pocos elementos de guerra; hecho
 es que no se sabe que admitiesen más, si el tema de los realis-
 tas, o el abrumamiento de aquel jefe.

Al principio de 1820, Córdoba, que se ocupaba a
 la sazón en organizar convenientemente la Provincia de
 su mando, exadmirado en su patriótica labor por el dis-
 tinguido republicano Sr. Don Manuel Restrepo, que ha-
 bra sido nombrado Gobernador Civil de la misma, ten-
 que interrumperle impensadamente sus tareas, para
 volver a repeler al Coronel español Warleta, que con a
 na columna de cerca de 600 veteranos del regimien-
 to de León, había subido por el Cauca y penetrado has-
 ta Jamundí, donde esperaba los auxilios que le ha-
 bran ofrecido los que un patriotismo en esta Provin-

ua con el Gobierno de la España. Afortunadamente Córdoba debía estar con una actividad acostumbrada, no se le hubiera ocurrido resistir a esta invasión; porque uniformándose en menos de quince días, una fuerza de poco más de 400 veteranos, le sale al encuentro, en un violento choque de poco más de una hora, logra destruir y desorganizar la columna realista, cuyos restos se embarrancan precipitadamente en el lancea, y huirán hacia la del Atlántico, por la vía de Tarazona. El combate de que hablamos, tuvo lugar en el paraje de Chorro Blanco, el 16 de Setiembre del mismo año. El historiador nacional, Sr. Restrep (el mismo que desempeñaba en la actualidad la Gobernación civil de Antioquia) le deduce un pequeño cargo al jefe de operaciones, por no haber destruido completamente aquella fuerza, "unos restos traídos", sin recordar tal vez, que pocos días antes de unirse a aquella, había aserado que el comandante José María Córdoba (cuando se verificó la invasión de Warleta) estaba loco, o con una ceguera de una cadera de caballo. Puede asegurarse, con respecto al tiempo y al campo de aquel juicio, que si el día del combate de Chorro Blanco, hubiera estado ya suficientemente recibidos de la violenta sacudida que sufrió toda la imaginación, por consecuencia de tal cadera, probablemente no hubieran escapado diez españoles.

Por el mismo tiempo recibía orden del Gobierno de Cundinamarca de invadir por el lancea el territorio batido por el bujo Magdalena, para evadírsele a la emancipación de aquella importante sección de la Nueva Granada. En cumplimiento de tal orden, Córdoba continuó su marcha hacia Tarazona, con una columna de 400 hombres, en persecución de los restos de la fuerza de Warleta, que habían logrado escapar en Chorro Blanco. Al llegar a aquel paraje, en lo que los españoles se habían fortificado en la boca del Nechi, y para compelirlos a salir de allí, aplicó la estrategia de un gran saque en un considerable número de balsas desarmadas, que, la distancia,

la obscuridad de la noche y la calma y serenidad con que descendían, hicieron creer a los españoles que les era imposible resistir a semejante ejército naval; y fue tal el miedo cerval que de ellos se apoderó, que abandonando intempestivamente sus fortificaciones, se embarcaron en el acto y fueron a situarse en Maja pequeña sin pérdida de tiempo manda una pequeña partida de observación compuesta de unos 60 hombres, a explorar la situación del enemigo, a informar de los Subtenientes Salgado Córdoba y Manuel del Moral, quienes, con el acierto y la inexperiencia propios de corazones juveniles, contrariando el precepto del comandante general, no vacitaron un instante en atacar aquella fuerza. El tan recia debió de ser la acometida que en breve rato 120 veteranos con su jefe, el Teniente Coronel Juan Laber y tres buques de guerra, se unieron a discreción. Tan temeroso acto de valor, dejó de causar asombro, si se considera que por las venas de aquellos dos mandos, corría la sangre generosa de Córdoba y Moral; y es natural elegir que ellos aspiraban a unirse en la milicia con una acción de resonante y perdurable memoria. El Comandante Córdoba, tan unido en la disciplina con el romano Marco Tercio, no pudo resistir a los acentos de aquella brillante catavaciada, con el mismo la de sus rivales, y cediendo en un momento a una orden suya, sin en atención al clamor general de oficiales y soldados.

Al principio de Setiembre de aquel año, tiempo de los sucesos de el bujo lancea, ocupaba Córdoba a Magangué, cuando tuvo noticia de que el Almirante Brion y el Jefe Mariano Montilla, al frente de una respetable división, habían anclado en la bahía de Sabanilla, y se preparaban a abrir operaciones en cuanto de los sucesos de el bujo Magdalena y de nuestra costa del Atlántico. Sin pérdida de tiempo, y deseoso de obrar en combinación con aquellos dos distinguidos jefes, Córdoba se embarca solamente con 200 hombres, en dirección a la Ciudad de Mompox, oculto con una fe-

legamente el 20 de Junio, después de una travesía de pocas horas, es verdad, por azarosa y aventurada como ninguna otra no interrumpida serie de peligrosos accidentes que la naturaleza y el hombre, conjurados de consuno, trajeron amarrados en todo el trayecto de un camino casi inabordable y en el curso explorado de sus dos opuestas vertientes. Pero era tal el terror que inspiraba ya la historia de un nombre, que el batallón "Valenciano" fuerte de 400 veteranos, que hacía la guarnición en aquella plaza, a órdenes de su Comandante, Don Vicente Villeta, huyó desprovisto de los primeros recursos de la aproximación de Lórdoba y de una pequeña columna de reclutas.

Al día siguiente de haberse apoderado de Almorox, sin la menor resistencia, llegó también a la misma plaza el Teniente Coronel Ferris Jover, Mayor, uno de los carrojados y temerarios caudillos de aquella contienda insubordinada, con una escuadrilla compuesta de viele pequeñas y desmenuzadas banderas, tripuladas por poco más de cien reclutas. Venían Lórdoba, abrigarse y resolver incontinenti, atacar en combinación la escuadrilla española, sujeta en Tenerife, por cuenta de un día instante, pues aquellos dos esforzados uclalides, movidos por una noble y entusiasta empuje, querían probarse mutuamente, que estaban a la altura de que sus ilustres hechos los habían levantado ya.

Esto es que, sin detenerse un momento en lo aventurado y peligroso de la empresa que resolvieron acometer, ya por lo venturoso de la provincia que ocupaba el enemigo; ya por lo desproporcionado de las fuerzas de ambos combatientes, pues las de éste crecían a esotra en dos tercios por lo menos; bien por la mayor disciplina de los realistas, su mayor armamento y la superioridad de sus embuscadas, - nada bastó a desviarlos de su propósito. El 25, al amanecer, dividida la pequeña fuerza republicana en dos columnas que marchaban por concesi-
lancia a un mismo objeto, la fluvial a órdenes de Ma-
ya, y la terrestre conducida por Lórdoba, caen a un mi-
mo tiempo sobre la escuadrilla realista, la cual en ha-

biendo proclama organizarse por lo rápido de aquella furiosa embestida, fue impetuosa y destruida íntegramente, en poco más de una hora, por el vigor y simultánea empuje de nuestros dos impetuosos caudillos.

"Lorca de 300 prisioneros y muchos buques de guerra con un armamento, fusiles y municiones, cayeron en poder de los republicanos en aquella brillante jornada, cuyos resultados fueron bien grandes para la causa de la "Independencia", dice el honorable Sr. Restrepo. Los dos jefes vencedores fueron ascendidos a Coronel efectivo por el premio de su heroico comportamiento.

Pero sea dicho con perdón a la memoria venerable del Sr. Restrepo, - los resultados de aquella gloriosa batalla, no fueron simplemente grandes, - no, que fueron decisivos, si a nos permite cargar el débil calificativo del historiador, para la emancipación de nuestras Provincias de nuestra costa del Atlántico y del bajo Magdalena, como lo fue la de Boyacá para las del centro del territorio granadino. Véase esto:

Por consecuencia inmediata de aquella batalla, Lórdoba, sin dudar descansar un instante en pequeña columna, resguardada ya en espalda, pudo caer sobre Barranquilla, donde había un destacamento que marchaba para Almorox, en auxilio del regimiento que custodiaba esta plaza, bajo las órdenes del Teniente Coronel Don Vicente Villeta: el otro destacamento concluyó además un lugar pequeño y prisioneros de todo género que el Gobernador mandó de Cartagena. Cnel. Don Gabriel de Torres remitió al Comandante Villeta para que, hecho fuerte en aquella plaza, distribuyera las fuerzas republicanas que embestieran luego, por el Magdalena a reforzar las que a la sazón se preparaban a asediar a Cartagena. Pues bien, Lórdoba con su habitual impetuosidad, no solo se apoderó de aquel destacamento y de todos los auxilios que conducía para Almorox, sino que, a tercio seguido, invade las secciones de aquella Provincia, destruye las patrullas realistas que merodeaban en varias direcciones, impugna y organiza en pocos días una hermosa división, y se pre-

lenta impensadamente a la vista de la Ciudad heroica, dentro de cuyos inexpugnables muros habian volado o arrastrado, alebrastados y jadeantes, los pocos realistas que, gracias a la ligereza de sus pies, habian escapado con vida de las garras de Cordoba y de Maza.

Despejados de enemigos todo el curso inferior de los rios Cauca y Magdalena y sus numerosos afluentes; habilitada la comunicacion con las Provincias centrales de la Nueva Granada; engrandecidas las fuerzas de los independentes, y fortalecidas con sus recientes victorias; y, crecidos, amotinados y abatidos los realistas por haberse enterado de serie de sucesos, no era ya dudoso el exito de la contienda, por aquel lado, reducidos como quedaban ya los ultimos a las plazas de Santa Marta y Cartagena, rivas de la Verdad es que la segunda era considerada y con razon, por sus inexpugnables fortificaciones y la abundancia de provisiones militares de todo genero, como el mas robusto y enconcedible baluarte de toda la America Espanola; pero a pesar de todo, el formidable asedio lanzado desde Tenerife por el insubornable empuje de Cordoba y de Maza, habia conmovido los cimientos de aquellos muros de granito, y preparada una brecha mas que suficiente que aseguraba infaliblemente su caida en poder de los independentes. La cuestion, pues, no era ya una de tiempo: - Santa Marta se rindió el 11 de Noviembre de aquel año, despues de sangrientas jornadas de Fundacion y la Ciénaga, ganadas por los heroes Andres Bello y Padilla al Brigadier español Sanchez Lima, jefe militar de aquella Provincia. Pero Cartagena, como es sabido, despues de muchas y desastrosas persecuciones, en el 1º de Octubre de 1821, es decir, despues de 14 meses de encerrado en su perimetro por los independentes, capituló con el jefe de la plaza, don Manuel de Mena, que estaba en comunicacion con los distinguidos generales Bolívar y Padilla.

Con la brillante y oportuna cooperacion del Excelentísimo Cordoba en el asedio y reduccion de aquella renombrada plaza, su hoja de servicios a los Españoles de edad, no tenia, ya rival entre los jefes granadinos. En efecto: en sus años solamente, del más recio y encesante combate, habia asis-

tido bajo las viduas de Bolívar y de Páez, a las célebres campañas de 1817 y 1818 en las márgenes del Orinoco y del Apure, las más crudas que registran las crónicas humanas, y durante la administración de los bravos y heroicos compañeros del Mercurio venezolano; habia servido en primera línea en los combates de Paya, Simón, Muzar, Boyaca y Boyaca; que forman los fulgidos pedruzcos de la gloriosa campaña de 1819, que a la vez que libertó las Provincias centrales de la Nueva Granada, preparó la emancipacion de toda la America Española, por lo que ha sido justamente comparada con la de Maungo, en las guerras napoleónicas; - habia rescatado con una base de 60 hombres, a lo largo, todo el feudo territorial de la Provincia de maricú, organizado un Gobierno, y rescatado al de Cundinamarca un curul en dinero de 250,000 pesos; - habia librado de realistas todo el curso inferior de los rios del Cauca y Magdalena, y preparado con un magnifico motivo de Tenerife, la emancipacion de las Provincias de Mompox, Santa Marta, Rio Hacha, Cartagena y Fenaco. Lo dice una tercera parte, por lo mismo, del territorio granadino, habia sacudido el yugo de la Estirpe, debido en su mayor parte a los esfuerzos de aquel insubornable adolescente!

IV

Libre ya de enemigos casi todo el territorio de la Nueva Granada; próxima a espirar la tiranía peninsular en el suelo de Venezuela con el golpe mortal que recibí en la memorable jornada de Carabobo; realizado ya en parte el heroico sueño de Bolívar con la fundacion de la gran República de Colombia, sus miradas paternales se tornaron con avidez al antiguo Reino de Quito, que, aun que incorporado nominalmente a aquella República, su territorio seguia aún bajo el férreo yugo de los dictadores españoles. En consecuencia, terminada felizmente el sitio de Cartagena, por capitulacion del Gobernador de aquella plaza, don Sebastián Jerez, el Excelentísimo Cordoba, nombrado segundo jefe de la expedicion que a viduas del Excelentísimo Bolívar marchaba al mismo mes antes a auxiliar a los patriotas del Sur en la campaña peninsular.

empresa de quebrantar la yzonomiosa cadena de la esclavitud, siguió para su destino al principiar el año de 1822, y desembarcó en Guayaquil á mediados del mes de Abril, con un batallón que se le confió para reforzar el ejército expedicionario. Permitiéronse connotar conpendiosamente la situación política de aquella importante sección americana, á la llegada de nuestros héroes, para poder estimar en un verdadero valor el mérito de la cooperación que iban á prestar en esta nueva campaña.

Cuando Lordobea arribó á Guayaquil, los independientes sólo eran dueños de una parte del territorio de la Provincia del mismo nombre: los realistas ocupaban un territorio todo lo demás. Después de la sangrienta y bárbara hecatombe que presenciaron las ejércitos de Quito, y una que fueron cobardes y vilmente derrotados en los golpes de batalla y bayoneta, por los víveres del feróz Presidente Pez de la Sábila, los miembros patrióticos Morales, Salinas, Alcañal, Guiraza, Píofo, y todos los más que un año antes (el 10 de Agosto de 1809) habían abjuro los primeros en toda la América Española, el grito de independencia, los pueblos de aquella sección asustados á la vista de semejante demostración de la justicia peninsular, se resolvieron á dejarse arrastrar sin resistencia los miembros de la tiranía, que, con el nombre de Polívar, al día siguiente de la batalla de Boyacá, no hubiera dudado un noble pensamiento hacia la redención de aquel pueblo que tantos títulos contaba, al reconocimiento del Libertador, con el sólo objeto de abjurar en un momento las enseñas cernizas de los predecesores proscritos de la noble causa de la emancipación americana.

En los momentos mismos en que Lordobea firmó el pliego en territorio realista, el Borzadín español Don Lucas de la Cruz Murguion, que funcionaba provisoriamente en Quito como Rey del Nuevo Reino de Granada, acababa de fallecer en aquella ciudad, después de haber reanimado el espíritu de los realistas en los pocos meses de una enérgica y atrevida administración, y colóclase en actividad de poder afrontar sin temer

la tempestad que empezaba á barrer en forma muy vigorosa por el abismo poderoso de un candidato de las frentes del futuro Gran Mariscal de Ayacucho.

En el comienzo de aquella célebre campaña, (a mediados de Abril de 1821) la suerte se incluyó por meramente en favor de los republicanos, quienes en la batalla de Guayaquil librada por Saucé contra los realistas dirigidos por el Capitán Genl. Don Melchor Almuche, en 19 de Agosto de aquel año, fuera del considerable número de muertos y prisioneros que le hicieron al enemigo, consiguieron, como secreta consecuencia de aquella jornada, consolidar la independencia del Departamento de Guayaquil; y un tan considerable ventaja, como las más que se derivaban de poseer una amplia bahía, resguardada por el mar, para el curso de sus operaciones ulteriores. Desgraciadamente en la batalla de Sisaachi librada muy pocos días después por los mismos jefes y en las mismas fuerzas que en la anterior, con leves diferencias, los realistas cobraron con exceso á los patriotas las consecuencias de aquella primera victoria, y obtuvieron tales ventajas sobre estos, que uno es por la prudencia y acertadas precauciones del Genl Saucé, todo pudo haber fracasado por entones en aquella funesta jornada.

Decidióse el Genl en jefe en los últimos meses de aquel año y en los primeros del de 1822, á reorganizar los restos de un desbandado ejército, á levantar y disciplinar nuevas fuerzas; y, lo que más urge por el momento, á fortalecer y entusiasmar con un ejemplo y con la certidumbre de un patriótico presente, el ánimo quebrantado de aquellos recientes patriotas, novelos todavía en la espumosa senda de las revoluciones. Por fortuna para éstos, dos acontecimientos bien notables ocurrieron simultáneamente, al comenzar la nueva campaña, á saber: el encadenamiento de la batalla en un punto, á saber: la muerte del Rey Murguion, el magistrado de mérito distinguido, y el orden entre todos los nombrados por el Soberano de la guerra, durante el curso de la gran contienda, de que surgió la emancipación de las Colonias españolas;

y la llegada del Conel Córdova, de la brillante escuadra de Ferreño, que venía a fijar definitivamente la suerte del lado de los independentes, y a levantar al pueblo de la inmovilidad al capitaneado jefe, a cuyas órdenes iba a emprender sus ilustres y gloriosas empresas.

A mediados de Abril, los dos ejércitos beligerantes de uno y otro bando, hechos ya un consero por las operaciones, y resueltos a aventurarse todo en el terreno de una batalla decisiva, empezaron a moverse en busca de un campo a propósito para medir sus corrales, y en consecuencia, entrambos, en que estarian mediar escaramuzas de poca significación, llegó por fin el día de Mayo de aquel año, fecha clásica en las glorias efemérides de la epopeya americana, y la mar estaba en los puertos del pueblo ecuatoriano. Pero no queremos pasar adelante, sin consignar aquí una anécdota que hemos oído referir más de una vez a nuestro venerable padre y amigo, el Teniente Coronel Don María Botero, Ayudante del Conel Córdova en aquella célebre campaña, y que después hemos tenido la satisfacción de ver literariamente confirmada por otros hechos presentes, el benemérito Conel Manuel A. López, en la detallada relación que de dicha campaña publicó, pocos tiempos ha. El hecho que vamos a consignar, ocurrió tan sólo cinco días de la memorable batalla de Pichincha, esto es el 21 de Mayo, en el ejército de la libertad de Don Fernando de Fernandina, donde acompañaba a la sazón el ejército libertador. Para mayor autenticidad, damos la palabra al Sr. Conel López:

"Los enemigos estaban situados y parapetados con su artillería detrás de las paredes que servían de cerca a las estancias que desde el ejército a la ciudad, encuentran de más de ocho cuadras, se encontraban a un lado del camellón del camino principal que sale del Sur. Al llegar al ejército, el ejército libertador desfiló por la izquierda a la vista del enemigo, a una distancia de unas cuantas cuadras, en dirección al pueblo de Chilla. Los enemigos, al otro extremo del ejército, y a una distancia de unos cuantos

en masa. Los perseguidores hasta las cristas de la luna de, y cuando el Grat en jefe que no se movieron, los perseguidores a un combate. Adelantó el ejército en la misma forma con hasta tiro de fusil de un primera posición, y mandó avanzar la compañía de "Cazadores de Faja," que desplegó en guerrilla a dos cuadras de distancia de una para- futo. El Grat Don María Córdova (entonces Coronel) pidió un caballo, se adelantó, se paró a la cabeza de la compañía, y con el antepo se puso a observar el campo de los enemigos, quienes hicieron salir al ejército una compañía de tiradores, que se desplegó en guerrilla al flanco derecho de la de "Faja," a una distancia de unas cuantas.

"Señalaron también de sus parapetos una batería de cinco cañones de a cuatro, los colocaron convenientemente a la derecha, y un artillero a quien usualmente le llamaban la atención la presencia del Conel Córdova, se puso a apuntar: el Ayudante Botero (Don María) que lo observó, lo previno con estas palabras: — "Coronel, no se que le están apuntando con un cañón." El Conel Córdova contestó con impavidez: — "Déjelo tirarse"; y continuó tranquilo observando al enemigo, sin mover un caballo. El artillero disparó un cañón, y la bala que le dirigió atravesó por el cuadril derecho al Capitán de Cazadores Felipe Pérez, que estaba parado a la cabeza de la compañía, arrojándose como cuantas varas altas, cayendo prostrado en tierra a los pies del caballo del Coronel." Hasta aquí el Sr. Conel López, pero el Teniente Coronel Botero, que aún vive, y que es el mismo que figuraba en aquel lance con Ayudante de Córdova, nos ha agregado verbalmente, que este entonces todavía en la misma posición, por más de veinte minutos, uniendo de flanco a aquella batería, que le lanzó un cañón a unos arrojados sucesivamente, mientras él, con la más serena calma, continuaba cumpliendo con la comisión que había recibido del Grat en jefe, de batir el campo enemigo con el antepo, estudiar sus posiciones y graduar el número de su fuerza. Terminamos enternidamente esta Biografía, si nos propusiéramos referir todos los hechos interesantes a este relato, relativos a nuestra heroica, y atestigüados por personas fidedignas.

nas, que los presenciamos.

Volvamos á considerar el hecho de nuestra entera
pérdida mancomunada. El Genl Suar, cuyos conocimientos en el
arte de la Instrucción y en la dirección de las marchas, con-
stituían la más relevante de sus dotes militares, por medio
de una diestra y consumada maniobra, había logrado en
la noche del 23, romper la delantera al enemigo, y volver-
le sin ser observado, sobre la derada cima del Pichincha, des-
de donde, á la vez que amenazaba á Quito, interceptaba
la comunicación de las fuerzas realistas que ocupaban
á Pasto, con las que dominaban el Ecuador, lograba a-
desmar todas las ventajas que se derivan de una posi-
ción ó de todas las ventajas que se derivan de una posi-
ción, que no se volverá muy probable, de que este fueren
derada desalojar por la fuerza ó un advenimiento de aquel
punto. Sin embargo, desesperado Almerich con el buen
éxito de aquella maniobra, en un exceso de coraje, co-
metió la imprudencia (que con todo ha sido juzgada)
de querer dar un golpe de aquella eminencia al ejército re-
publicano, en momentos en que este acababa de comenzar
la suya en el más leve contraataque.

Al clarear el día empieza la ascension
del ejército realista, y verificada con más facilidad de la
que era de presumirse, á las nueve y media en punto las
vanguardias respectivas ocupan los flancos, muy cerca ya de
la cima de aquel volcan imponente y majestuoso, y aun
esto sin justicia, las primeras embestidas de los realistas
fueron tan ruidas y tan habilmente dirigidas, que los
republicanos, que las costuraron con igual grado de coraje en
un principio, agotados ya sus puntos, y sin modo de
reforzarse, porque el pañuelo aún no había llegado, comen-
zaban á huir, perdiendo terreno en favor de sus contrari-
os, quienes, juzgándolos retirados, redoblan sus esfuerzos.
En tan críticos instantes, Lordoba, que aún no ha-
bía entrado en batalla, situado como estaba en la alta
guardia del ejército republicano, aperturándose de punto del
peligro, á la cabeza de dos compañías del batallón "Mag-
dalena", marcha á reforzar á las tropas del "Albion", á las

que que hacían frente todavía á la terrible acometida de los
realistas. Una explosión del Pichincha en aquel momen-
to, hubiera causado más estragos en las alturas si
las de Almerich, que los que les ocasionó en pocos minutos,
el ímpetu de aquella carga memorable, que fué tal, que
en un tiempo de media hora, vencedores y vencidos, descendien-
do desalados, ^{de golpe y repente,} por los flancos vertiginosos de aquella espun-
table cima, se encontraron confundidos en las primeras
calle de Quito, sin comprender cómo ni cuándo. El des-
orden fué de tal naturaleza, que ni el entusiasmo y el terror,
que se deliraban espectralmente en los semblantes de
los unos y de los otros, pudieron hacerlos distinguir.

1100 prisioneros de tropa, 160 jefes y oficiales, 16 pe-
zas de artillería, 1700 fusiles, y todos los demás elementos
de guerra que poseía el Gobierno español en el Reino de
Quito, fueron los inmediatos resultados de aquella gran
jornada. Y hace resaltar además el historiador, la con-
ciencia vergonzosa de haber humillado la demeración
española en aquel Reino á los 200 años cumplidos en que,
por la primera vez, tremoló el estandarte de Castilla sobre
las nevadas cimas de los Andes ecuatorianos.

VI

Después de la completa victoria de Pichincha, el libe-
rtador, á quien el célebre guerrillero don Bartolomé García había
mantenido abastecido entre las hondonas sumas del Itca-
manabí, desembarazado ya de aquella barrera formidable
del Genl García al ruido de tal victoria, se trasladó á Quito,
en donde permaneció algún tiempo preparando la orga-
nización republicana de aquella importante sección del
territorio de Colombia. Casi al terminar sus disposiciones mi-
litares, se hizo noticia en aquella ciudad de que el Genl es-
pañol don Benito Páez, había verificado con pocas espe-
ranzas, una reacción en la Provincia de Pasto en favor del Go-
bierno de la Península, y deimos sin esfuerzo, porque el fanatismo
por la realista, que no le iba en zaga al religioso, llegó
á ser prepotente en aquella época, entre los sencillos habi-
tantes de aquella selvática región.

Al Cnel Boves, decidido, apuro de cuando el unta-
 stasme que logó inflamar en aquellos obstinados y rui-
 tozos latinos, con el descalabro que le hizo sufrir el un poque-
 ño destacamento republicano que convenia en el Jucú-
 tara el Cnel Antonio Obando, pudo correr y organizar
 en pocos días una competente division de 2.000, con que
 se preparaba ya para invadir el Ecuador. Juan serio e-
 pulsó el Libertador el peligro, que no vaciló un momento en
 ordenar al Gral Sucre, fuere personalmente con los venca-
 ses en Pichincha, o supiera una reaccion, que podía ad-
 quinar en breves terribles proporciones; pues Potosí, ora por
 la fuerza indomable de sus fanáticos moradores, ya por
 la asperidad y fragor de las altísimas sierras que cregan un
 territorio en todas direcciones; ha sido considerado, con es-
 tado fundamental, como la Venden de la America Es-
 pañola. Para esa Venden se hacia indispensable un ma-
 rto Hoche, y el ninguno colombiano asentaba mejor este re-
 nombre que el ilustre Gral Sucre, no compare bajo ninguno
 concepto, o aquel empujante genio de la moderna Espa-
 ña. Acompañaban al Gral Sucre en aquella excursion
 aventurada, oficiales tan distinguidos como los Cnles
 Salom, Sandoz, Terrero, Canavajal, y otros, el bravo
 entre los bravos, Don Manuel Rodríguez.

Unos sangrientos y mortíferos combates, da-
 dos sucesivamente en los parajes de Guaritana, Cuchibla,
 de Fundada, Yacuanquer y Potosí, en los días 22, 23 y
 24 de Diciembre de aquel año, ^{se presentaban} para descalabro aquellas tripe-
 des y arrias de las inaccesibles prisiones que la natura-
 leza les brinda a cada paso en aquel terreno sinuoso y que-
 bradizo, así ninguno. - Inútil es alegar que la espada
 de Rodríguez fulguraba siempre la primera detrás de aque-
 lla horda de serenos, atropellados y empujados
 por todas partes, sin que bastasen o contenera ninguno ge-
 ño de obstáculos levantados a un paso. En el combate de
 Yacuanquer especialmente, nada se pudo dispersar la
 pratornativa. Juan claro hecho le alcanzaron al fin
 las Armas de guerra, cuando cumplía apenas 22
 años. La historia de las hazañas humanas no ha cono-

rado otro prodigio semejante, que nos tan conyugaron.
 Pero la rebelion de Potosí no habia quedado
 extinguida por completo; y los combates de Guaritana, Jucú-
 tara, Yacuanquer y Potosí, no eran sino el prólogo de un
 nuevo y terrible drama que la Libertad y el Despotismo i-
 ban a representar durante un lapso de tres años, en mo-
 do de las asperezas de aquella Suiza del fanatismo y
 de la realteza. Aguaitongo y Merchancas, los Empesi-
ñados colombianos de esa causa, habian aparecido ya
 en la escena; y una segunda rebelion encabezada por es-
 tos dos famosos guerrilleros, que estalló en el primer día del
 siguiente año de 1823, demandó la presencia misma del
 Libertador, quien logó aparecer en pocos días, con la
 sangrienta derrota que le hizo sufrir en la batalla de Guaritana,
 el 19 de Julio de aquel año. Pero aquella rebelion, sangrienta
 era proclama; y al parecer la ha consumado, sin exageracion,
 con la Hidra de la Fiebre, cuyos cabezas encerradas se
 multiplicaban al porfía indefinidamente. Las fuerzas
 mandadas allí ejecutadas por Bolívar, Torres, Rodríguez, Salom,
 J. Torres y Obando, las presencias espadas de Colombia, no po-
 dian contener aquel voraz incendio; y se necesitó al fin pa-
 ra extinguirlo, que el Libertador apareciera todos los recursos
 de una imaginacion que no ha conocido superior en el
 arte de superar las mas grandes desgracias.

A mediados de Septiembre ^{de 1823} se encontraba acciden-
 talmente en Popayan haciendo sus apuros para mar-
 char al Perú, en donde habia laureles le aguardaban. Va-
 gos rumores circulaban a ^{veces} de que ^{del} benemérito Gral Sa-
 lom, ~~después de~~ habia conseguido ahogar en sangre una ter-
 ra rebelion de Aguaitongo y Merchancas; estos insensatos
 cabecillas habian aparecido al frente de una nueva mon-
 tona de latinos, atropada en pocos días, con la que logó
 con sitiar a Potosí e incommunicar a Gral Salom, ^{razón}
^{por} la ^{causa} situacion de éste habia llegado a un en extremo pre-
 cario y azaroso. Al Comandante militar del Departa-
 mento del Cauca, Cnel Don M. Ortega, desuso de ocu-
 rar tan misteriosa situacion, por no teniendo más fuerza
 disponible que una pequeña columna de pocos más

de 200 hombres, suplió al gral Córdoba conde sus personalmente dicha columna en auxilio de los patriotas de Pasto; y aún cuando no estaba obligado a ejecutar mandamientos de un jefe de inferior graduación, no vaciló un instante en aceptar una comisión tan delicada como aquella, y ocasionada a toda clase de combates por y peligro. Pero por lo mismo que todo el mundo le auguraba una muerte inevitablemente desastrosa, el gral ánimo de Córdoba se inflama, al oír enumerar los inevitables accidentes que iban a embarrancar por do quiera. Y al fijarse en un última resolución, no era un sumo e independiente obrador, sino el que le guiaba; sino que se proponía demostrar en la peligrosa campaña que iba a emprender, y que consideró después como el complemento de su gloria militar, que en un campo abierto, nadie le esceda en audacia para cargar al enemigo; en presencia de inesperables posiciones, según también la celebrada imprudencia y la prudente conducta de Serapio, para salvar un ejército en retirada, aconsejado por un adversario superior. Y tenía razón: el gral ánimo que carece de esta segunda dote, no figurará nunca en primera línea. Ney, salvando en el paso del Bersin los restos del Grande Ejército, en la estrofa retirada de la Rusia, nos parece diez veces más grande que en su inevitable carga de la Moskova; y el Gral Scaria, salvando el batallón Valencey, después de la batalla de Luz Bobo, no le fue en zaga al gral Páez en la brillante acción dada con que decidió dicha jornada en favor de los patriotas.

Córdoba se puso en marcha con un pequeño batallón por un camino que tenía que pasar por primera vez, y al poco de haberse internado en él, comprendió que no había la misma exigencia en la citación de desconfianza que le habían hecho, sobre los peligros que rodeaban aquella senda. Y si la verdad: lo importante y favorable de aquellas escabrosas e indomables sierritas; sus multiplicadas cimas, que brindan a cada paso fortalezas inaccesibles; la frecuente de sus hundidas y resacas, tan propicias para inevitables

y abresos y atagandas; lo cruzado de sus selvas centonarias, que interceptan los rayos del sol a toda hora; lo desierto y desprovisto de aquella larga y tenazenda; lo huizado, arborescente y enervado de los fieros moradores de aquella comarca, entusiastas y feroces valedores del Rey de España; todo esto aglomeraba un cúmulo indefinido de circunstancias a propósito para llevar al desaliento el terror a un corazón menos templado que el que latía en el pecho del héroe de Pichincha; que en, en vista de esa repugnante situación, por un espanto pasajero de su voluntad, abandonó de pronto su carácter impetuoso y aventurero, y se retiró de toda la reserva, la astucia y la cautela de un zorro serapio.

Después de haber citopellado victoriosamente, previa una recia regenta, una gruesa columna del ejército de Pastos, que apostada en el paraje de Lebollas, previniendo el paso, avanzó en su persecución hasta el pie de la formidable cumbre de Jalisco, de ingente altura para los patriotas; y, cosa rara! al observar que los cañistas, con una fuerza decupla de la suya, lejos de intentar impedirle la posesión de aquella temible fortaleza, la abandonaron espontáneamente, sin disparar un tiro, al oír sus fogosos mandatos, cuyo cada uno había conocido, y al oírlo instintivamente toda la magnitud del peligro que implicaba al parecer, un monte marroñado de cañistas, se detiene de repente en mitad de aquella ascension, y ordena sin vacilar la contramarcha a una columna. Esta delicada operación empezó a verificarse en altas horas de la noche, y con las mayores precauciones que fue posible ^{acertar} para no exponer al enemigo. Sin embargo, a pesar de este alboroto de lo ocurrido, y tomando de coraje al ver que se le escapaba de las manos semejante presa, seuela, sin perder momento, por veredas impracticables, e ilótas conocidas, se apodera de cinco o seis de la senda que llevaba la columna republicana, y en su estela un pequeño mortífero y bien custodiado, que no era un instante en todo aquel largo trayecto.

Por el ánimo de Córdoba lejos de flaquear,

se levanta más que nunca terreno é incommovible, en presencia de aquella serie indefinida de obstáculos abrumadores con que la naturaleza, obcecada de consuno con la más refinada malicia, se empujaba á profusa por aborrecerlos enique-llas honradas simas. Mas, si meditada que concebía el peligro, sus ingenios se aguzaban y crecía su valor; y sólo así, ora escaudando visos en la espadilla en la boca; y al oblicuando maniosa é instantáneamente insuperables dificultades; bien escurriendo como la espuma, ó destruyendo de la noche, por en medio de las gatajardas que le cerraban el enemigo; ó, finalmente, cuando no había otro modo, destruyéndolo y consumiéndolo, con la furia de un toro irritado, todo lo que se le ponía por delante, pudo escapar con un columnar casi insignificante, de entre aquella horda mullida de corsarios americanos habilmente dirigidos por Metchumson y Aguatalingo, después de 96 horas seguidas de la lucha más activa, entreligada y obstinada que existían nuestros años marítimos.

El Gral López en sus Memorias, después de describir con sumo gusto este paisaje incomparable de la vida del héroe de Ayacucho, concluye con este párrafo:—

“El Gral Lórdoba me expresó muchas veces entusiasmado, después de la batalla de Ayacucho, que aumen- tárame en celebridad, que esta era la campaña más gloriosa que había hecho en toda su carrera militar, pero que por desgracia no le hizo el mérito debido de ella ó causa de haber sido un tan pequeña escuela y contra un enemigo de tan débil prestigio; pero que él se proponía escribirla y publicarla con todos sus detalles, para que se viera que nunca se habían aplicado en tan pocas tropas todos los principios del arte de la guerra, ni combatido tan desventajosamente, ni desplegado tanto valor, ni usado de tanta habilidad como en esa vez. Yo (dice el Gral López) participo de su opinión, y me vanaglorio de haber contribuido eficazmente al hecho de esa columna y á su prosperosa salida.”

Serregando conceptos emitidos por un testigo presencial de los precedentes y de la celta espantabilidad del Gral López, no recuerdo de como tal vez.

* En el paraje de Huancabamba, habiendo sido a aquellas horas juveniles, don un alboroto asalto a la fortificación de la línea fortificada en las cercanías de esa par. Almorar un exento de un gran, para Lórdoba, si cubriendo ya de edad, lo pudo acaudillar el Lórdo me s'abía por un.

Justa la dimensión cubría al Perú, rastreando la senda luminosa de nuestro héroe, quien, en dedicatoria á la nación, había desembarcado en el Callao al comenzar el año memorable de 1826. Bolívar le había precedido unos pocos meses; y al darse á la vela en Guayaquil, mostrábase en la que al concluir, epilogando su pensamiento, les decía:—

“Yo os prometo que no se habrá pasado un año sin que el estandarte de la libertad cubra con su sombra protectora todo el territorio de los hijos del Sol.”

Esto anunciado el 6 de Agosto de 1823, y al año cumplido, el 6 de Agosto de 1826, con la gloria formada de su triunfo, verificada en esta última fecha, empezaba el cumplimiento de aquella feliz y maravillosa inspiración. Con el retardo de un solo día, el sol de Boyacá, que había presenciado como años antes la realización de una profecía unificante, iba á mostrar á los descendientes de Alvarado y de Pizarro, la espléndida aurora de un emancipación.

Para que se juzgue con alguna propiedad acerca del mérito conchado por Bolívar y sus dignos compañeros en la laboriosa y aventurada empresa de rescatar el Perú del yugo de la España, vamos á dar una idea del estado político de aquel punto, pocos meses después del arribo del Libertador, expresando un párrafo del mariscal Sarracín, quien, con un pluma inimitable, ha comprendido de un solo rasgo, en estos términos:—

“Cuando Nueva España llegó á Lima (Julio de 1826) todo era allí confusión y desorden. Los primeros magistrados se habían pasado al enemigo, los empleados habían abandonado sus destinos, y los oficiales del ejército sus cuarteles. Fontagla y el Ministro de la Guerra, Bandoaga, Marqués de San Dínas, retiraron al Callao y se entregaron al Rodil. De ciento y pico de oficiales del ejército peruanos, se presentaron á Rodil 105. El Gral,

Elaboraron se pasó a los españoles. Un regimiento de granaderos montados, de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, se incorporó y se fue a las laltas, aumentando las fuerzas españolas. Los comandantes Novajas y Ezeta se sublevaron con los escuadrones en Supe, y se unieron a Lima, llevando prisioneros al Cruz Colonbianos Carlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentaron a los españoles. Todos los días se recibían partes en el Cuartel general Libertador de la deserción de uno o más oficiales, de uno o más propietarios de tropa, que con coronas se pasaban al enemigo. Memorable, pues, en detestable acuerdo el destino, la perfidia y los tiranos; los que vendían su patria y los que antetaban humillarla, humillada en la más depreciable circunstancia! Y los malos explotaban la ignorancia del pueblo, diciéndole que la guerra había cesado por fortuna en el Perú, no quedando más enemigos de un félido que Bolívar y sus colonbianos, en cuya destrucción debían trabajar de consuno todos los hijos del país; porque la idea de los pretendidos libertadores no era otra que quedarse con el Perú y convertirlo a la América."

En vista de este estado tan magistradamente delirante, se comprendió cuán purgante sería la espina que traspasaba el corazón del Libertador, cuando acabando de leer el decreto que le confería la Doctrina de aquel pueblo degradado, exclamó en presencia de los emisarios que le conferían aquel terrible cargo: "¡Darnos o salvar este triste país de la amargura, de la opresión y de la ignorancia!"

¡Lo salvó! pero, de qué manera! De la más prodigiosa de que hay constancia en la crónica universal de los sucesos humanos, es decir, sacándolo todo, a semejanza del Criado, de aquel caos tenebroso de desorden, de opresión y de miserias, que la envidia, el resentimiento y la tiranía mantenían en constante y paurosa subsistencia. Jamás en la vida pretentosa de Bolívar, ni en la de ningún otro de los héroes más extra-

ordinarios de la Historia, ha contemplado nuestra mente un fenómeno más digno de admiración que el que ofrece aquel gigante en los últimos meses que precedieron a Surin. Alejandro penetrando en el corazón de la India; Anibal haciendo frente durante 40 años a la pujanza del coloso romano; Carlomagno en sus 50 campañas contra los bárbaros; Napoleón en su asombrosa lucha, contra todas las potencias de Europa, no brindan nada comparable al grandioso espectáculo que ofrece aquel hombre predestinado, que, solo, de pie, con los brazos cruzados, semejante a una estatua de granito, blandida en arriantes, como David y un compañero en los bosques de Betulonia, contemplaba sin inmovilidad el inflamado y rugiente torrente que salía de aquel abismo insondable de pasiones contradictorias y de opuestas intenciones. De repente el coloso, resurgiendo sus fuerzas, se inclina sobre un abismo, y a un golpe omnipotente, como por ensalmo, extingue el incendio, y un nuevo pueblo independiente y libre, con un nombre con asombro, inscrito contra su voluntad, en el escudo por de las naciones.

Pero no, que no estaba solo! para sacar a flote el nuevo pueblo de en medio de un caos de deslealtad y de traiciones, y hacer frente a 18.000 veteranos españoles de los laureados en Bailen, en Tarazona y Torroja, a unos con veinte años de esfuerzos y hazañas guerreras, combatía con 6.000 bravos colonbianos, de los vencedores en Boyacá, Fierropeña y Curatubo, con la sagacidad y la prudencia de Sucre, y todo, con la espada fulgurante de Pícturama!

En Mayo de aquel año inauguró al fin aquella campaña, la más célebre en los anales de aquella gran jornada, pero como las dos fuerzas enemigas estaban separadas por un espacio de 200 leguas por los ríos, con pocas horas de comunicación, el fue un choque no vino a verificarse sino el 6 de Agosto, en los campos de Surin. En menos de una hora de una carga de lanza solamente, la caballería española quedó destruida, arrojada, a los pies de los jinetes colonbianos. Este golpe, que puede consi-

decare como el espíritu de la gran jornada de Ayacu-
cho, fue de grandes consecuencias: los hijos desleales del
Perú, que solo aguardaban el mas ligero denotado de parte
del ejército auxiliar, para volar en masa a apoyarse en las
realistas, al saber, escucharon la cabeza arrojada de
unos al campo bajo un concha; las insuperables fun-
daciones de un enemigo engreído y altivo, desapare-
cieron por completo, para ser reemplazadas por el he-
mor y el desaliento; y finalmente, el entusiasmo y la
confianza nacieron en mas fuerza en las filas de los
repúblicanos. Ya no era difícil augurar el desenlace.

Pocos días después de la batalla de Surin, el li-
bertador, en cumplimiento de un decreto del Congreso colombiano,
hizo de orden el mando en jefe del ejército repúblicano
en la persona del esclavo José Sucre, quien, teniendo
como siempre de orden, al Gran Condoto, continuó
dirigiendo aquella campaña con la misma actividad
y con empeño que le eran característicos. Casi un mes
había que sus mandatos de continuo o la deposición, bus-
caba un local o propiedad para librar un combate de tan
dramática trascendencia; pues intentaba, y con razón, in-
terizar hasta donde le fuera dable, la enorme superioridad
del ejército realista, con las ventajas de una buena posición,
cuando el 23 de Diciembre recibió por la posta una orden
terminante del Libertador en que le prevenía que "era
querida que fuese Sucre por quien y la del enemigo", acordada
una batalla, bajo el concepto que no debía reparar en el ma-
yor número, ni en atribuciones, ni fortificaciones, ni las le-
guas; y que en todo caso debía buscarlo para batirlo." Esto ordenó
le Sarracín, y Restrepo agrega que "Sucre desde aquel mo-
mento, determinó cumplir la orden terminante de Bolívar."

Cuando tal orden se recibió, el ejército español
capitaneado en persona por el Rey Sarsena, ocupaba
la eminencia y las declivities del cerro del Condorcuqui,
que domina la planicie un tanto barrancosa de Ayacu-
cho, donde acampaba el ejército Libertador. A las ven-
tajas de la elevación y del número de las fuerzas realistas,
excedentes en más de un tercio a las republicanas, agre-

gaban en esta vez las de la magnífica posición que la
naturaleza del terreno les brindaba. Se necesitaba tener
o la divina inspiración del libertador del pueblo de Gran-
dica, la victoria al través de enormes dificultades, o
una gran audacia, e imponerla al destino con una man-
ifestación e incontrastable decisión.

Ymponente e indescriptible era la ansiedad que
revelaba en los dos opuestos campamentos al amanecer
del día siguiente, radiante y majestuoso, por debajo de
las cimas empinadas de los Andes, el sol del 9 de Di-
ciembre, que debía alumbrar el desenlace de una de las
mas raras contiendas que se hayan librado entre
la libertad y el despotismo.

Rememoramos a la idea de ofrecer aquí una des-
cripción detallada de la célebre batalla de Ayacucho, que
 juzgamos suficientemente conocida de nuestros lecto-
res: - nos basta para nuestro propósito, que no es otro que
el de poner en evidencia la participación que han en ella,
el protagonista de esta Biografía, el presentar una
compresiva relación de un principal episodio, ex-
tractada del parte oficial del Estado Mayor general
del Ejército Libertador.

Sucre y Sarsena, organizados la usanza de
una, dividieron respectivamente sus fuerzas en tres
columnas paralelas dirigidas por señores gene-
rales: - la derecha de los independentes capitaneada por
Condoto, enfrentada con la izquierda de los realistas, que
era por Villalón; la izquierda republicana, dirigida por
Sarracín, se enfrentaba con la derecha del enemigo, que coman-
daba Valdez; Miller y Moset mandaban los centros respec-
tivos: este el español, aquel el americano.

A las diez de la mañana se rompieron los fue-
gos: Valdez es el primero que desciende del declive; y el em-
puje de una primera acometida, agitada al impe-
tuoso vigor que la inclinación del terreno le imprime a
los cuerpos, en virtud de la fuerza de gravedad, le da a
aquella embestida una fuerza irresistible; la izquierda

republicana que la acerte, aunque compuesto en un mayor parte de los pocos firmes que Larran pudo cargar en los torques, sostiene con denudo aquella carga por espacio de dos horas, al cabo de las cuales empieza a disminuir, y retrocede al fin, en confusos retirados. Florencia blagado, puer, el momento suspiro, y Lordoba, amanceado de un puesto natural por una orden del Real en jefe, queda en auxilio de Larran, a recoger a aquel conflicto; pero al bajar, haciéndose cargo de toda la importancia del peligro, su espíritu se revoca por un momento, e invoca al genio de la guerra, en busca de un expediente extraviario, a propósito para reanimar el entusiasmo y la esperanza, que empezaban a abandonar a los prácticos. De pronto aquel hombre se endereza, y sus ojos fulgurantes anuncian una extraña determinación: era que el genio protector del Nuevo Mundo acababa de insultar en aquel ociso la más orgullosa y fecunda inspiración de que hay memoria en los fastos militares. Lordoba al sentirlo, se ha fijo a tierra, e insistiendo al celoso Español, manda un oído en el oído del caballo, y exclama, con resonante y orgullo acento: - "¡Soldados, yo no quiero medios para escapar, y solo consenso mi espada para vencer!"

En seguida, al tiempo de cargar a un enemigo que ya se supone retirado, un nuevo grito u escape de un pecho: "¡Arriba o descenda, paso de vencedores!" Y por último faltaba a la fuerza incontrastable de ese grito, que la Historia transmitirá en adelante a la más remota posteridad, acompañados al eco, que le sigue repercutiendo en las profundas cañadas de los Andes, manda tocar el Bambuco americano, pieza desconocida en la música militar; pero la más adecuada para despertar en el corazón de nuestros probes labriegos, disfranzados de soldados, las más gratas armonías, que surgen al oír en cualquier tiempo, aquella fuerza alegre y bulliciosa, se sienten transportados y arrebatados al recuerdo de su Aldea nativa, de sus juveniles, de sus amores,...

Aquella acción, aquel grito, aquella pieza ^{propuesta, elegida} dados por la imponente actividad del hero de quien, proficua, apilogan de un solo suspiro toda la histórica jornada, de Oyacuchos, Batao Hugo, con un pluma de oro, ha iluminado una innumerable parlaba de taberna, presentada por Lamberton en Natolez, al entremeterse por los alrededores la orden de rendición. Y si el general francés con una unda e instente intención lanzada acaso sin consideración un momento de rabia o de despecho, ha logrado glorificarse una devota, y transmitir su nombre a la posteridad; en qué fortuna hubiera podido encontrar el eminente poeta epitelos que catalogasen o enunciasen tan altamente aquel paso de vencedores! que corriente de una larga opresión de las centurias?

✱ Pero apelenos a la pluma empunent de un historiador extranjero, para que se vea que no hay exajeración de exajeración por nuestra parte, al asegurar que aquella incomparable voz de mando, desconocida en la Teórica militar, fue la causa eficiente de la gran victoria de Oyacuchos.

"Natolez, dice Larran, combatió nuestra división Larran, y con tal ímpetu, que por el momento la obligó a ceder. En el acto Luce, que con una serenidad inalterable vigilaba desde un punto llamado La Sobarita, los movimientos de ambos ejércitos, ordenó a Lordoba que cargara sobre el enemigo, y espuso la división Larran. Lordoba se desmontó de su caballo, y desnudando la espada, le rogó: "Soldados, luego gallardamente, yo no quiero medios para escapar, y solo consenso mi espada para vencer! Adelante, paso de vencedores!" Y no fue sanamente; pero que cayó sobre dos batallones de la división Vitalito y sobre ochocientos, y los venció en un momento.

Nada pudo resistir en carga. Monet corrió con su división en ayuda de Vitalito; pero Lordoba la destruyó batallón. En breves instantes Monet estaba herido, sus jefes habían perecido, y los soldados

✱ Escriben los distinguidos como el gran Jomard y el conde Alfonso Minto, con de un los que han realizado más brillante que consue la historia militar de la América, patrióticos en presencia de la acción ejecutada por el gran hero en la batalla de Puerto Rico, se ha encontrado en un campo en barbas de mundo, en medio de los filios europeos, con la boca llena de

se despusatur con favor. Por batallones quisieron
 fumar, por Londota no les dio tiempo...

En pocos momentos, pues, la impetuosa
 carga de Londota, ha destruido y puesto fuera de com-
 bate, la derecha, la izquierda y el centro del enemigo. De
 punto, y sin intermiso, la caballería colombiana a' vidones
 del gran Manera, Enel Sauvencia Solm, auxiliados por León
 y por Lamar, acababa de cercar al enemigo, que tenía
 ya en todas direcciones, Londota se apercebe de que el Rey,
 cubierto al vento que pasaba, permaneció sobre la de-
 rrida cima del Condorcanqui con la retaguardia realista
 intacta aún, fuerte de 2000 hombres por lo mismo. Aun-
 na nueva orden de Londota, aquella misma división que
 le ha regido en toda la batalla, diezmada ya por las ba-
 las enemigas, jadeante de fatiga, pero ebria más que nunca
 de entusiasmo, empreza la ascension de aquella faldón,
 circunscrita Londota en todas direcciones, y en ménos de 15
 minutos, los soldados que la componen, con un vigor je-
 fe a' la cabeza, desafiando imperturbables la metralla de
 los realistas, sin darles un solo tiro, coronan al fin aque-
 lla áspera cima. La serena, al contemplar aquel campo
 sin ejemplo, se ataraya a' burlar la misma orden; y sus
 soldados, mirando estupefactos en todas direcciones, se resabi-
 nan, se caracimban y respingaban, aturdimos y confu-
 sos, en busca de alguna salida; pero en vano, el cerco
 de bayonetas que los rodea, los acosa y los persigue por do-
 quiera, es insalvable. La batalla ha terminado: todo
 el mundo se entrega a' discrecion; y el mismo anciano
Birey, abatido y cabizbajo, es conducido respetuosamente
 por Londota en persona, a' la presencia del Gran Jefe.

Tal fue la célebre jornada que al cabo de
 14 años regidos de pasmoso e' incansable batallar en una
 lucha cruenta y descomulgada con el enemigo, pues firmó
 la dominacion peruana en todo el vasto territorio de la
 América Estranjera. Los colombianos auxiliados por al-
 gunas centenas de peruanos, pasaron fuera de combate
 a' 10000 veteranos españoles, de los mismos que tanto
acurules acababan de cosechar en las formidables guerras.
 La regencia, para remunerar el valor de sus soldados, que ya impugnan al desmo-
yo. Y mostró a' agradecer, si es que se tracaron de trabaron intelectual que la
orden ofendida por cuanto hizo es de unos mas orden, mas regional y mas coman-
do que lo del renombrado hizo gran.

Murphy le ricas. Londota, el héroe de aquella esplén-
 dida batalla, fue proclamado general de división
 sobre el campo mismo, al discurrirse el último tiro, por
 clamacion que fue acogida y saludada por una in-
 mensa salva de vitores y aplausos, que el entusiasmo
 y la admiracion arrojaban a' aquellas legiones in-
 mortales de gloriosos veteranos de la Libertad. Acaba-
 ba de cumplir 25 años, y la fama de su nombre col-
 maba ya el Continente americano, del uno al
 otro polo!

En la marcha de retroceso del Ejército Li-
 bertador hacia el Sur del Perú, despues de la batalla
 de Ayacucho, las poblaciones salian en masa, a'
 la vera del camino, a' saludar y contemplar a' los
 cazados a' los hombres generosos que acababan de con-
 quistarles una patria, a' costa de tantos y tan gran-
 des sacrificios. Al ser pasado por el Cuzco, la antigua ca-
 pitál de los Incas, agobiado de laureles y de flores, se
 vio precisado a' detenerse algunas horas, a' recibir la
 entusiasta ovacion que aquel pueblo le había pre-
 parado de antemano. En medio de la plaza prin-
 cipal se alzaba un magnifico solio con tres asien-
 tos, a' que fueron conducidos en los brazos de una
 delirante multitud, Botívar, Sucre y Londota
 Señalado el Libertador en medio de los dos últimos
 ninfa clifugada por la Municipalidad, le ofren-
 do una hermosa corona guarnida de laureles de oro e'
 coronada de piedras preciosas, reflexionando en un
 elocuente discurso, que aceptara en pequeño testimonio
 de la gratitud de un pueblo hacia el Padre y Liberta-
 dor del Perú.

Botívar hondamente conmovido con aque-
 lla demostracion, despues de dar las gracias a' aquel
 pueblo en términos patéticos, tomó la guarnida en la
 mano, y diciendo con ella las razones del joven Londota,
 concluye en estos términos: "La corona que me ofrendan,
 no la merezco, y si ella pertenece de derecho al verdadero
 vencedor en Ayacucho."

Lindoba, avanzándosele instentamente la guarnición, y empujándose con el Libertador, le dirige ex abrupto, esta magnánima y bien sentida frase: - "Si esta guerra de tan gran moralidad ha cedido, Señor, al vencedor de Ayacucho, permítame colocarme sobre la frente del Gran Sucre, o que me corresponda, como mi jefe en aquella batalla, en la que no me cupo el mérito que el de haber obedecido firmemente sus órdenes".

A su término el Gran Sucre, rehusando aceptar aquella ^{altas} devoción al Libertador, le dijo así: - "No nos podemos ceder esta guarnición: la custodia del lugar nos ha costado de historia en historia desde Sucre hasta el Potosí; y me voy" Al momento de lágrimas y mirada las mejillas del Libertador, quien espantado cede por un momento ante aquella explosión de los más nobles y generosos sentimientos, corriósele en los brazos de sus dos ilustres compañeros; pero incorporación de nuevo, después de algunos segundos, recobrado un tanto ya de su primera enérgica, insiste en volver aquella guarnición sobre la frente del verdadero vencedor en Ayacucho, quien tubo de resignarse al fin a cederla contra su voluntad, para poner término a la obstinada profecía del Libertador; pero al día siguiente la cedió a la ^{ciudad} de Píezne, como un testimonio de cariño al lugar de su última residencia.

Que Bolívar y Sucre se hubieran ostentado magnánimos y generosos en aquele lucha, ellos, hombres de edad avanzada y de gran tacto social, se comprende; pero que un niño, no puede decir así, como lo era Lindoba, en presencia de aquellos dos ilustres personajes, cuyo escogido debía brotar variedad por todos los poros, abren su nombre en tan temprana edad, volando en las alas de la fama, les hubiera igualado en desprendimiento, es una cosa verdaderamente sorprendente.

En el alto Perú quedaban todavía sin reunir, unos 2000 españoles, o vicerios del Gran Olaneta, restos del grande ejército de Pizarro. No habiendo que

rido aquel general aceptar la capitulación de Ayacucho, fue preciso rendirle por la fuerza, lo que se consiguió en el combate de Ferrnuta, librado en 1° de Abril de 1825, en que sucumbió Olaneta. De ahí para adelante, la marcha del Ejército Libertador, cargado de laureles, fue una ovación continuada, hasta el río Desaguadero, último confín de aquel vasto territorio.

Lindoba permaneció todavía algún tiempo en el Perú, prestando siempre servicios meritorios a la causa de la independencia, hasta la revolución del Callao, último baluarte de la dominación española en todo el Continente, ocurrida el 23 de Enero de 1826.

VIII

A mediados de aquel año, Lindoba, que aún residía en el Perú, en el apogeo de su gran carrera, sino en impensadamente sorprendido por una noticia que recibió de la Alta Corte de Justicia de Colombia, de presentarse desde el término de la distancia, a responder de su conducta ante aquel Supremo. Futuro, por un momento que se le celeraba, apostado a sus atar, en la forma de un voluntario del ejército republicano. Al momento se refugió de su cargo penitenciario del dolor, acobardado cogió aquella última frente, debajo de los brazos del lugar, a someter ya el primer alijo de la firme corona del Santuario...!

Bolívar, en su condición de Presidente de Colombia, en ejercicio de facultades extraordinarias, de que aún estaba investido, le ofreció una amplexa amnistía por aquel hecho; y tanto el como el Gran Sucre, le instaron vivamente para que la aceptara; pero Lindoba fue toda perfidia en este respecto; porque Lindoba, reputándose desdiciosa, y con razón, una gracia derogante, prefirió sincerar su reputación de la manera que le correspondía derogante ^{caso} con sujetándose a como los otros de una institución judicial. Así, sin atender a insipientes o negligentes, contestó a la Alta Corte, sin merced, que marchaba en el acto mismo a someterse al juicio que se le celebraba; y terminó su vida con este significativo

peinados: " Por una hora de resignacion, yo no debo perder 10 años de sacrificios y de glorias? " Hermosa frase, que junta de un solo rasgo el templo de aquel abuelo y levantado corazones!

Comparando Larrañaga con la conducta de Páez con la de Córdoba, en una ocacion semejante, se expresa en estos términos:—

" Por el mismo tiempo (y reclama aqui la atencion de mis lectores, agrega el autor) la Alta Corte de Justicia mandó venir desde Bolivia, al vencedor en Ayacucho, Gral Don Maria Córdoba, para juzgarle por un homicidio que se le imputaba haber cometido en Poyayan, antes de su escape al Perú. Córdoba vino en el acto, y supuso el jurai legal; porque él no se creia superior a las autoridades y a los mandatos de la ley; entró en una discusion sumaria, en un castro de libertad, y la Justicia quedo satisfecha con la abtucion pronunciada por el Subunat Supremo... " En un caso semejante, Páez, con más edad, pero nunca con más méritos que el héroe de Ayacucho, hijo de un retiro al jurai o que lo llamó el Senado de su patria, se negó a Venezuela de Colombia, sin embargo el mismo a la obediencia de las leyes; y con brazo pronunciado asistió al primer golpe mortal en el seno de la Gran República. ¡Qué contraste!

El propósito del mismo juicio del Gral Córdoba, heinos visto publicada una caricatura que no queremos omitir aqui; pues ella ofrece una prueba más del alma elevada, y de la delicada oportunidad que, en el lenguaje de aquel ilustre general, a pesar de no hacer un muy pocos meses que había a bien conocido era vista tosca y desahogada de nuestros camineros de este tiempo. Dicha caricatura, cuya autenticidad se nos ha garantizado además, por personas fidedignas, es en su especie:

Cuando se publicó la sentencia que abtore al Gral Córdoba del delito de homicidio, por el cual había sido llamado a jurai, se vio que el voto del

Ministro de la Alta Corte, Dr Felia de Restrepo, el Libro de la magistratura colombiana, como le desmoronó con toda propiedad el benemérito Gral Posada, ha sido el verso al del resto de los jueces de aquel augusta muerte del Gral Córdoba, no obstante ser éste un amigo de todos y contemporáneo.

Pocos días después de este acontecimiento, Córdoba se encontró casualmente con el venerable magistrado que le había condenado a morir como a un malhechor o delincuente; y aparentando cierto aire de gravedad que no le permitían, le convidó, con cualquier pretexto, a dar un paseo por las afueras de la ciudad: el Dr Restrepo, aceptó sin vacilacion el brazo de Córdoba, quien le fue conduciendo insensiblemente hasta un paraje solitario, distante algunas cuadras de las últimas casas de la poblacion; en dicho paraje se sentaron y permanecieron deponiendo todo caso indiferente, hasta una hora bastante avanzada de la noche. Al fin, admirado Córdoba de la noble entereza y de la majestuosa calma de aquel anciano septuagenario y en fin, le volvió a conducir con la más respetuosa deferencia, hasta el umbral de su mansion, donde, apretándole la mano, dominado por el ascendente irresistible de la virtud, que iluminaba aquel semblante inabarcable, le dijo, con despedida:— " Dios guarde al magistrado para la ley " El Dr Restrepo, devolviéndole aquel apretón con la mayor cordialidad, exclamó con dulce acento:— " Dios conserve al héroe para la Patria "

En Bogotá permaneció el Gral Córdoba los años de 1827 y 1828, descansando de 10 años de fatigas y de luctos, pero sin estar de balde; pues presistiendo que para un brillante porvenir en el ejército, y sus méritos innumerales en favor de la causa nacional, estaba llamado a ocupar en breves días el primer puesto en el gobierno de la Patria, se preparó cultivar su gran talento natural y preparó en espíritu con sólidos conocimientos para no bastar nunca la confianza con que lo honraban sus convecinos.

El 25 de Septiembre de 1828, ocurrió la memorable conspiración contra la vida del Libertador: Córdoba no tuvo en ella la menor participación, como lo demuestran ostentadamente todos los historiadores de aquel tiempo; y muy especialmente el Sr. Gral. Posada, en sus *Memoirs Historico-politiques*; y sin embargo, una simple e inevitable equivocación suya en aquella noche fatal, vino a ejercer una influencia en el resto de su vida, que puede considerarse como la primera piedra de la *tempestad* temida en que debía eclipsarse en breve plazo la más florida existencia de la América.

IX

Nos aproximamos ya al trágico desenlace de esta historia. En la fecha presentada, una vasta conspiración, a cuyo frente estaban algunos jefes del ejército y varios jóvenes, miembros de familias distinguidas de la Capital, y que debía estallar el 28 de Octubre del mismo año contra la autoridad del Libertador, que se había declarado en ejercicio del poder ejecutivo, con evidente violación de la Ley fundamental de Cúcuta, abortó en la noche de aquel día, (25 de Septiembre) porque los conspiradores, creyéndose vendidos en un momento de desesperación y de estupefacción, acordaron imprudentemente dar un golpe de mano, no ya sólo contra la autoridad, sino contra la vida misma del Gral. Bolívar, acusado, con razón o sin ella, (pues este punto está aún en tela de juicio) de planes proclivios contra el régimen republicano. Córdoba, por quien un tra Bolívar un apelo tan entrañable que rogaba en palabras, y que a esta tenida fecha era considerado aún como el *Epitome* del nuevo Alejandro, no podía por lo mismo, tener el menor conocimiento de aquella conspiración; pues era natural que un austero precursor a comprar un secreto semejante a quienes supieran el secreto del Dictador. Y para no dejar la menor duda sobre este punto, observemos su conducta en aquella noche memorable, referida por la pluma de un testigo tan competente como el Sr. Gral. Posada, perfectamente acreditado en aquel extraordinario momento.

"El Gral. Córdoba, despertado por el ruido, salió de su casa un poco tarde, habiendo tenido que mantener un caballo de la caballería donde se cuidaba: - al dirigirse a la plaza se encontró con *Carujo* en retirada del Palacio, y unos ocho centinelas, separados ya en diferentes direcciones los jóvenes que le acompañaron. Córdoba le hizo la misma pregunta que *Figueron*: - "¿Hay *Carujo*?" y fué más afortunado, quizá más desgraciado que aquel noble y caballeroso joven inglés: *Carujo* le contestó que el batallón "*Véizgas*" se había reunido contra el Libertador, y que él se replegaba porque ya los insurrectos ocupaban la plaza. En el mismo momento una partida de "*Véizgas*" apareció por una bocanilla y dió el grito de "*Viva vive*." emprendiendo el fuego contra la de *Carujo* en que Córdoba estaba *incidentalmente*. Córdoba contestó al fuego al grito de "*Viva el Libertador!*" que fué repetido por la partida de "*Véizgas*", suspendiéndose el tiro y cesando las dos partidas. *Carujo* desapareció, con lo que Córdoba vino a conocer que había sido engañado. . . ."

"En el incidente casual que después referido (continúa el Gral. Posada) empezó a dudarse sobre esa misma noche de la fidelidad del Gral. Córdoba; las sospechas fueron tomadas en cuenta por la *malicia* que las propagaba, y un momento más de deserción de que hallarí en otra parte."

Esta sencilla relación de un testigo presencial, de las altas dotes del Gral. Posada, entienda la más espléndida justificación de la conducta del Gral. Córdoba en aquella nefasta noche; y la posteridad, que así lo ve con los ojos desde ahora, le ha impuesto la más absoluta absolución. Sin embargo, los envidiosos de la gloria del héroe de *Pichincha* y *Ayacucho*, a quienes aquella gran gloria eclipsaba completamente, desearon ser reemplazados en la gracia del Libertador, tomaron pie en aquella desgraciada pernoctación, para empezar a minar ostentadamente su reputación, a todo lo más ruin y mezquino que la envidia y la

calumnias coadunadas, fidedignas e inverosímiles. J. lograron un objeto! porque, desgraciadamente, por una parte, el espíritu del Gran Bolívar, tan firme y tan decidido en otro tiempo, había decaído y bastardeado, después de la conjuración de Septiembre, hasta el punto de ver un punto en toda esta historia fuerte; y, por otra, el carácter de Lordobu, valeroso y sin doblez, que no le permitían descender ni sincerarse ni cada instante, administraban a un insidioso y cobardes empujones más de una oportunidad, para introducir masivamente la espina de la desconfianza en el ya gastado y ulcerado corazón del coloro americano.

Lordobu, dotado de un gran talento natural, es cierto; pero demasiado joven, y sin la necesaria experiencia en las lizas artes de los parlamentarios y en la maquiavélica política de empujados, en el momento del peligro, se encontró inseguro y desahogado, contra el desdicho terrateniente que lo espiaba empujaba en torno de él, y cayó!...! Era preciso: — debajo de toda eminencia, hay un abismo; donde acaba la vía triunfal, empieza la calle de la amargura. La corona de espigas del Santuario, iba en vano, si reemplazaban los brillantes laureles de Pichincha y Ayacucho. Esa es la vida!

Al fin de aquel mismo año (1828) el Libertador, que se preparaba a dirigirse en persona al ejército que destacaba a auxiliar, por la vía de Pasto, las fuerzas colombianas, que a órdenes del Gran Mariscal, hacían frente en el Ecuador a la desastrosa invasión que había verificado en aquella ocasión Colombia el Perdedor del Perú, José Sarracín, el Libertador, decimos, cuya desconfianza contra Coro no había llegado aún a un mayor grado de intensidad, le nombró Jefe de Estado Mayor de aquel ejército, y le ordenó adelantarse hasta Popayan, con una división de 1500 hombres. Lordobu, a quien los acontecimientos posteriores al 25 de Septiembre, y, especialmente, la conducta de los hombres más influyentes que rodeaban a Bolívar, empujaban a

que no cabía en él el consuelo en la más mínima alusión a los errores de las más violentas pasiones desahogadas en un instante, resurgente al día, no cuyo volver permanece inalterable ante las más viles especulaciones de los mortales de que desaparecen en un instante en todas sus curvas.

inspirarle sospechas acerca del proyecto que a él se le atribuiría generalmente en aquella época, de fundar una república en Colombia, en el tránsito de Bogotá a Popayan, con la plena franquicia que le era habitual, profirió algunos conceptos imprudentes, sin la circunspección y reserva que lo delirado del asunto demandaba.

Desgraciadamente para Lordobu, entre los subalternos que lo rodeaban, había uno, cuyo todo, que a sus insidias por reemplazante en el alto puesto que le había conferido en aquel ejército, y no le servían, parecían haber aherido a su corazón, otros minutos que hacer valer, que los que le proporcionaban la más apasionada, y obvia adulación, no perdió ocasión tan oportuna de desplegar su habilidad; así es que frecuentemente escribía al Libertador, dándole cuenta de todo lo que Lordobu, decía contra él, y justificándolo con todo el estorbo de que es capaz una palabra desbarramente manejada por los zelos.

Tan acrida y volubila labor produjo al fin el deseado fruto: Bolívar, moviendo del abigüel, acabó por persuadirse que Lordobu conspiraba abiertamente contra su autoridad, y en un momento de coraje y de impaciencia, lanzó un decreto de exención contra él, y nombró para reemplazarlo en el puesto que ocupaba en el ejército, al entonces Coronel Tomás C. de Mosquera. El ultraje no podía ser más persigiente: — el héroe de Pichincha y Ayacucho, reemplazado por el héroe de la Pádua...! Oh humanidad! La raposa desbarraba al león; la gallina a la águila altanera! Pero el triunfo de la invicta, de la alvina y Lordobu no quedaba ahogado con el drama sangriento del Santuario; faltaba aún el Escarabajo de Luchago...!

Al llegar al trágico desenlace de esta retención, hemos entredicho desfogado nuestra pluma, captando la visión al Sr. José Peraza, icano por nuestro primer fin a este libro, exponiendo lo que acerca de dicho desenlace nos refiere con docencia natural

lidad en sus Memorias Historias-politicas, a-
quel distinguido literato y venerable compatriota
nuestro.

X

"El batallon 'Callao' o vidueros del Genl
Florencio Tinieblas, estaba en Popayan: este cuerpo
enteramente adicto al Libertador, era para Loidoba
un obstaculo y una amenaza en aquella ciudad."

"En tal estado y en tal circunstancia llego a Po-
payan, de tránsito para Santa Marta, el Genl Fran-
cisco Carrizosa, venezolano, hombre de conetados curia-
les, de pretensiones exageradas, que tambien venia
del Cuartel General, acuartelado y recuperando contra
el Libertador contra el Genl Flores y contra el Genl
Mosquera, por el proyecto de monarquía, en que
ninguno de ellos tenia parte, y asegurando que el E-
jército del Sur iba a hacer la proclamacion, por cu-
yo motivo, decia, le habian reparado a él. La otri-
mura es la primera curria que expresa la vengan-
za, y en ella se vengaba Carrizosa, exaltando al fero-
zo Loidoba por no haber obtenido en el Ejército del
Sur la primicia que pretendia."

"Al pensar de esto, vacilaba Loidoba, y como
le proponia venir a Bogotá, en vez de aconsejarse
a Barrera y a Carrizosa, cuando no se sabe co-
mo se hizo, una carta del Libertador al Genl
Tinieblas, en la que aquel recomendaba a éste que
regretara mucho a Loidoba, y persuadiera espontanea-
mente a cualquiera autoridad de dicho general, ha-
la traicionado sino de un espada. Llegado un cue-
desperado, pues upon los avisos repetidos que de
Popayan le daban, es probable que Loidoba con-
juraba. Esto lo decidieron."

"Estaba entonces en Popayan
el Genl Raimon Espina, Jefe de Estado Mayor del
Departamento, y teniendo una licencia para venir
a Bogotá, se preparaba a verificar su viaje en aque-
llos dias: aprovechando esta oportunidad, escribió Loi-
doba con dicho jefe a sus amigos de esta ciudad,

anunciándoles que seguia para Antioquia, a son-
da de debian contestarle; y en efecto, se puso en mar-
cha inmediatamente, gritando por todo el tránsito
contra el proyecto de establecer una monarquía en
Colombia, lo que le permitia pronunciarse contra el
Congreso, contra el Libertador, contra los generales que
impugnaban el proyecto, desde por hecho que
Mosquera y Ospina eran los principales agentes
de Bolívar, y que por eso le habian reparado a él
y a Carrizosa del ejército."

"Es indudable que Loidoba impulsaba
de buena fe el monárquico proyecto, como lo impus-
naba yo, (el Genl Posada) aunque sin entrar a cali-
ficarlo, uno porque era inadaptable para Colombia;
por muchos más eficaz habia sido su oposición en el
Congreso, al que habia sido elegido diputado, que una
revolucion prematura y desconcertada."

"El 8 de Septiembre (1829) llego el Genl
Loidoba a la ciudad de Rio Negro, y a causa de
la festividad de un día grande para los católicos,
y en celebracion del natalicio de una señora joven,
se habia preparado un banquete, que se hizo mas es-
pléndido y alegre con la presencia del ilustre joven,
para quien esta casualidad fue funesta. En a-
quella bulliciosa reunion, en la que otros jóvenes ve-
cabezas sulfúreas, hacian ruido al recién llegado,
empujaron bien pronto los bandos patrióticos, tan-
to más republicanos, cuanto mayor era el núme-
ro de botellas de Champagne, que se destapaban, y
conociendo el carácter de nuestro héroe, pudo per-
gona hasta donde se esparteria cuando le daban
a él torrecita la prestaba. La monarquía fue
declarada abort del infierno, la república, clar
del cielo, el Genl Loidoba, salvador de la Patria;
la Europa monárquica, poblada de esclavos sat-
rapas, la América republicana, el país de los de-
la libertad, marcando a la vanguardia de la
civilizacion de todos los pueblos de la tierra, lo-

lombia, una nación decapitada, que debía pender, y la Nueva Granada renacer como el fénix de sus cenizas, más bella y robusta que en los días de la mal, de Camilo Torres, de Nevarin y de Madrid: Antioquia, por supuesto, debía ser la cuna de la Libertad, y la ciudad de Rio Negro, Metrópoli del mundo liberal. Córdoba sería el go de Atalayas."

"En Medellín, capital de la Provincia, se pintó esta zambra porvenir con unos colores obscuros, aterradoros, que no tenía. Los hombres de seso que en ella se encontraron, procuraron evitar las consecuencias de las locuras cometidas, aconsejando a Córdoba y a sus amigos la prudencia, y se esforzaban en impedir que se siguiera adelante en el camino que ellas indicaban. El Sr. Saramillo y el Cnel Córdoba (Salcedo) fueron los más empeñados en calmar y disuadir a los hombres, y ya lo habían conseguido, cuando impudencias contrarias produjeron acontecimientos lamentables, que indudablemente no habrían ocurrido sin ellos."

"Al alaruma producido en Medellín por las noticias exageradas que circulaban sobre los hechos del día 8, continuaba suponiéndose que había fuertes voluntarios, y que se trataba realmente de un movimiento en Rio Negro, y algunas autoridades bolivianas creyeron que se debían tomar providencias fuertes para evitarlo."

"En Medellín estaba el Cnel Francisco Urdaneta sin mando ni fuerza alguna, y le persuadieron que debía salvar la Provincia tomando medidas para aprehender a Rio Negro, al Cnel Córdoba, al Gobernador y al Comandante de armas, lo que era un verdadero presuncionismo de diferente género del que tenían. El Cnel Urdaneta se dejó persuadir, y con la idea de traer un servicio, mandó 20 hombres

de la milicia, o los indios de un oficial veterano, al que dio la orden de marcharse en silencio en la misma noche a Rio Negro, ciudad que dista seis leguas de Medellín, a aprehender a los tres hombres mencionados. Apenas empezó a reunirse la partida, salió fortísimamente un grupo de Medellín a avisar a Córdoba y a sus compañeros el riesgo en que estaban, con cuyo aviso se prepararon en el acto a la resistencia reuniendo unos cuantos hombres de milicia de infantería y 10 jinetes decentes de lanza, o caballos. El oficial Comandante de la partida de Medellín, creyendo sorprender, fue sorprendido con la noticia de que lo esperaban, y regresó al todo, en lo que hizo bien. Córdoba tardó dos horas en saber que la partida que iba a aprehenderlo, se había regresado, así fue que aunque la siguió, no pudo alcanzarla."

"En Medellín, el Cnel Urdaneta mandó tocar generala, y noche se presentó; y aunque hizo algunos esfuerzos para alcanzar la población y reunir gente, todo fue en vano. Al día otro de la mañana se presentó Córdoba con un ejército de 50 hombres sobre Medellín, ciudad de 2.000 almas, y aunque el Cnel Urdaneta con la poca gente que tenía, pensó en hacer resistencia, se vio pronto rodeado de los principales vecinos, es decir, de los ricos, capitulando que se hiciera una transacción, para que no se derramara sangre, y evitar mayores males. Urdaneta que no podía confiar en los pocos voluntarios que había reunido; que no sabía la fuerza que tenía Córdoba, cedió, y entró en transacciones con este general, de las que resultó que cesara toda resistencia; que el Cnel Urdaneta se retirara inmediatamente para esta capital, (Bogotá), y que Córdoba quedara posesión de Medellín, declarándose General en jefe del Ejército de la Libertad que una hora después llegó a 100 hombres."

"En Medellín entró 2.000 fusiles, muchos municiones y elementos de guerra."

"Haber dejado Loidoba venir al Gran Urdaneta, le perdí."

"El 26 (septiembre) Meza di esta lapidat la noticia circunstanciada de dichos sucesos, errada de Nave por el Gran Urdaneta, e inmediatamente al Consejo y al Gran Urdaneta (Paezuel) tomaron las medidas más eficaces para que 800 hombres de la guarnición veterana, que estaban disponibles, salieran para Honda al siguiente día, con el General de brigada Don J. O'Searry, que fue nombrado para mandar la expedición. El Consejo tomó además, cuantas medidas eran conducentes para impedir que la revolución se propagase, y en efecto, no pasó de Antioquia, tras que tampoco en aquella Provincia fue agitada por los pueblos, a pesar de la actividad y energía que Loidoba desplegara para conseguirlo. Dos oficiales, e diez, que proyectaban una contrarrevolución, apoderándose de una cantidad de reclutas, y los fusiló Loidoba en el acto, sin forma de juicio, sin embargo de las réplicas de un comandante Tarasquet, de un hermano Salvador y de otros ciudadanos respetables...."

"Al Mezar la Columna expedicionaria a la Bodega de Permutina, se había encontrado en dificultades insuperables para mover, sin el auxilio eficaz que le prestaron algunos pueblos, enviando por sus cañoneros, que sacaron de la fragosa montaña, municiones, equipajes, &c."

"El Gran O'Searry hizo adelantarse al Gran Montoya, dirigiendo a Loidoba las más generosas proposiciones y ofrecimientos, si se sometía por un conato pacífico, cuando era imposible que pudiera resistir con menos de 150 reclutas o 800 veteranos. Montoya, me constó (dice el Gran Posada) que se esforzó en persuadir a un amigo y antiguo jefe, y además, excitaba a los parientes que tenía en la Columna de Loidoba, principalmente a un primo-hermano, el Comandante Benedito Enríquez, a que se uniera

con él persuadió al General. Todo fue inútil: los firmes compromisos de Loidoba se negaron a ningún acto pacífico, aceptando lo que un jefe hiciera, decididos a morir en muerte. Loidoba triste, pero heroicamente resuelto, confiaba que después del paso o que le hubieran precipitado, no le quedaba más recurso que vencer o morir. "Lo imposible vencer" le dijo Montoya. "Pero es imposible morir", contestó Loidoba. Esperó el ataque en la hacienda del Canterano, situada fuera de la montaña, y Loidoba murmuró:...."

Ahora, con perdón una vez más del Gran Posada, vamos nosotros a dar la última pincelada a este ligero cuadro, acompañada de las apreciaciones que demanda la naturaleza del asunto que nos viene sirviendo de tema.

"Loidoba murmuró", incluye el Gran Posada, hablando del éxito del combate del Canterano. Si, debía succumbir: coronado por el golpe inesperado de una súbita reversión; reemplazado por el obscuro caudillo que venía mirando su reputación, hacia algún tiempo; apuntado, sin momento, a la vista de todo un ejército que había concluido a la victoria tantas veces; espantado, aturcido por lo indigno y ciego de aquella vidua dada por Bolívar a un pobre San Juan como Terrero; por Bolívar, un idolo, su genio tutelador, que le debía una gran parte de sus laureles; y Loidoba no había de succumbir aquel momento, con dard y espada, cual ninguno, en estado, en presencia de un adversario franco y sin reservas, pero inexperto e insipiente para contrarrestar esa guerra emboscada y velada que la astucia dirigiera tan pronto por detrás de sus toldos. Así es que, tras unido de indignación al saber la última y no estroviada destitución del Gran Posada, Bolívar, seducido de envidia por la magnitud de un repente ultraje, aquel enorme orgullo que había desafiado en otro tiempo la fuerza de las levas de Castilla, aún sobre las montañas altas de los Andes, se sintió desfogarse al penetrar en un

patenque, donde la franqueza y la fidelidad
no podian medirse en campo cubierto con la
hipocresia y la futilidad.

Desentendidos por hombres como el
Gran Paez, desairado hasta por sus propios
hijos, como los Condes Obando y López, en un momen-
to de una revolución general contra el Dictador;
desentendidos y furios, se pusieron en camino para la
Provincia de un momento, rugiendo de despectos,
como un León cecado por una nube de insectos.
Sin embargo, por un prodigio verdaderamente
inexplicable, pasados el primer ímpetu de aquel to-
mento de furor, - después del huile al que otorgó el
Gran Posada, sus hermanos y algunos de sus amigos, que
no aceptaban el pensamiento de una revolución contra
Bolívar, en visperas como se estaba de la reunión del
Congreso Constituyente de 1830, lograron calmar el
primer arrebatado de aquella alma volcánica y infernal,
y ya abrigaban fundadas ilusiones de que hubiera a-
bandonado su proyecto primitivo, cuando, ocho días
más tarde, le ordenó al Conde Medarota la quijotes-
ca orden de mandarle apretarse con un paque-
te de tropas para resistirle en Bogotá, o disposición
del Presidente del Consejo de Ministros, Gran Meda-
rota, enemigo personal de Córdoba.

Al saber éste semejante resolución, que
no pudo poder resistir que lograra con tanto: la
apertosa perspectiva de los cadáveres de Paclilla y
de Guená, suspendidos en una trona como un
conspiración, le compuso a coger a la aventura los
primeros señores que pudo haber a la mano, para
abatanzarse con ellos contra cualquiera ejército que le
mandasen; pues en el estado de exaltación y de deli-
rio a que había llegado, sólo una idea le presuponía,
y era la de morir en un campo de batalla, que era su
elemento. Así que, si como eran otros veteranos los
que habían mandado a cogerle, hubiera sido
los legados de López, había mandado sólo a con-

batidos. Su última noble contestación a su
arrogancia, el Conde Montoya, dejó comprender bien a los
claros, que no era ni vanidad ni lo que aspiraba: lo
metamórfico y unido de aquel semblante, tan despa-
jado y tan sereno en sus tiempos; la impetuosidad
y el buen humor que le dominaban a toda hora;
la armonía de su lenguaje, lo agreste de sus mane-
ras; - todo armonizado en el una ^{única} incontestable
a todas luces.

La batalla se libró el 17 de Octubre en el punto
que ocupa actualmente la Aldea del Santuario.
Al encontrarse impetuosamente con un enemigo a-
cercado a vencer bajo sus órdenes, con una fuer-
za superior de unos imperios a la uña, con la experien-
cia y la disciplina de veinte años de campañas, y en
una posición bajo todos aspectos ventajosa, Córdoba, an-
dando en deseos de poner un hábito cualquiera a
aquella vistosa e insuperable situación; sin dejar de
esperar una batalla para despertar el entusiasmo
en el pecho de aquellos imperios romanos, reflexionó e im-
prudente se lanzó a lomas y a lomas contra aquella
falange formidable de hijos y agueridos veteranos.
Sin embargo de tales desventajas, las tropas estubo in-
deciso aquel combate desigual: Córdoba, en motivo
de valor, estubo como siempre a la altura de un mas-
te, y el genio de la guerra iluminó con un último res-
plandor, aquella frente, acortada sólo a es-
terceros de la victoria, hasta en el momento
misión de hundirse en el abismo de la derrota.

Al cabo de tres horas, Córdoba, que
había sido herido mortalmente desde el comien-
zo de la lucha, volvió a ver a su alrededor, y sólo
el que quedaba en pie, en medio de aquel campo
reconido y arado por la muerte; un caudal de
hora más, y su cadáver como el de Scandenberg, en-
ganchado sobre el caballo, había continuado arrojando con
su presencia a los pocos que sobrevivían aún. En fin,
entristecido despojado, estubo por la pérdida de la

de la sangre, u desmonta' magníficamente y periclitó
en la primera casucha de paja que encontró a la mano,
en medio del mismo campo de batalla, donde ya
estaban esperando algunos de sus compañeros, y u sentó en
una caja de madera. Al poco instantes entró allí
también un indio indiano, oficial del ejército de O'Sea-
ny, Peregrino Harrot, cuyo nombre debe consignar la
Historia para sus buldón y vituperios de aquel bu-
cido, el Longinos de esa luzitá escorial, y descañón-
dos rutilaciones sobre la frente del dulce mozo humo.

XI

Así sucesivos en aguas, en un descampado
lugarejo de su Provincia natal, al fin en los 30 a-
ños de su edad, se halló e' infelizmente joven que
tantas páginas gloriosas acababa de dejar en buen
trance a la historia de su patria, en particular, y a
la de la América Española, en general. La belleza
variosa de sus facciones, un marcial y gallardo
contorno, la franca altivez de su carácter, su in-
tegenerosa y desprendida, los oportunos e' inespera-
dos arreos que de su ardiente imaginación, en presen-
cia de los mayores pelipos, aparte de su bravura in-
comparable y de sus grandes prendas militares, hu-
braban por los trozos de aquel marcial, uno de los
más sumptuosos y despidos protodinos de la roman-
tica era de las Cortes de Arroyo y de los Favores-
res. Si hubiera vivido en los tiempos de Fajó,
el devoto Torner no habría tenido que ocurrir
a su fealdad y pintoresca imaginación, para in-
ventar el tipo de Aquiles, y en la época de las lu-
zadas, ni Fenecido ni Colaxón de Leon le habrían
dejado atrás en valor ni en aventuras caballerescas.

Y ello, sin necesidad de apelar a su
reminiscencias de leganas edades, y conatos osos me-
ramente a la época de nuestras guerras de emancipación,
que fué la que los atravesó a nuestra héroe, es lo cer-
to que un espada fulgurante en el corte lapso de 10 años,
trajo con estos humores de hidraterosidad y magni-

tud, que no ha sido aventajado hasta la fecha, si
se exceptúa a Bolívar solamente, por ninguna de
de las ^{de} cultos militares figuras militares de los el con-
tinente. Al emitir este concepto, ningún mezcquin
pensamiento dirige nuestra pluma, y por si algún
lo ataldea de aventurero, queamos presentarle un
rasante la prueba de nuestro aserto.

Formemos unas pocas de las figuras
más resaltantes en el gran tablero de las guerras de
la emancipación americana, y comparemos: Páez
y Pizarro, Rivas y Bermúdez, Urdaneta y Cisneros, por
ejemplo. Desde luego creemos que no tenemos necesi-
dad de discutir por que no pretendemos demostrar que
Córdoba superara en valor a los héroes invictos
del Orinoco y del Apure. Tampoco, por fortunas que
hayan sido las hazañas de esos varones de altísimo
renombre al fin será preciso convenir con nosotros en
que la línea que reconocen no sobrepasa los límites del te-
rritorio venezolano, si se exceptúa a Urdaneta, que tanto
con insusas unas pocas leguas aquende el Tequima,
mientras que el horizonte alumbra por las glorias
del héroe de Ayacucho, comprende muchos más de
media América, puesto que comienza de las bocas del
Orinoco y va a terminar en el Desaguadero, en una
extensión de 1.300 leguas por lo menos.

Si en contar el Páez y el Sartorius, los dos extre-
mos de esa zona esplendorosa, como al punto un
más salientes puntos: Guariarino, Atajá, Juan,
el Yaguajay, La Puerta, Ortiz, Calabozo, el Sombrero,
el Páez de los Toros, dan un claro testimonio de un
esplendoroso servicio en favor de la emancipación de
Venezuela; Páez, Páez, Páez de los Toros, Bo-
yaca, Urdaneta, Bolívar, Morúa, Tenerife, Bolívar,
Castaño, Páez, Páez, Guáitara, Tandiá, Gu-
aniquera, Páez, Leobollos y Urdaneta, recuerdan
sus hazañas en la antigua Nueva Granada, que le
debe la independencia de la mitad de un territorio, por
lo mismo; Páez, después de haberse librado de...

lo golpe; y finalmente, Ayacucho, rescató el culto y
bajo Perú, y para el culto a la emancipación o la
el continente.

Cañete a los 15 coros; Coronel, condecorado
con la Cruz de Boyacá, Jefe de operaciones con facultades
discrecionales en un vasto territorio ocupado aún
por los realistas, libertador de Antioquia y del bajo
Magdalena, a los 20; general de brigada a los 22;
y, finalmente, general de división de Colombia, Pe-
rú y Bolivia, a los 25; ¿cuándo volverá a enriquecer
la Historia un personaje semejante?

Jamás la demola destuyeron un claro hecho;
pero, por el contrario, desde que tuvo equívoca un ba-
tallon bajo sus órdenes, la victoria, desde Páez hasta A-
yacucho, radica definitivamente en las filas de los in-
dependientes. Como el Boyacá de los franceses, pu-
do el territorio endasur: "Jamás el enemigo me
convenció la espada", pues en el Santísimo mismo, al
ocurrir bajo la pesadumbre de las fatigas estera-
nas de Colombia, acrobacias de heridas, escarific y mor-
bundo, cayó de frente, un caballo una quiza, un lanza
un grito, en actitud de empujar la espada, como en
Putnam el héroe Carlos M.

Se nos replicará que la figura de los
doña no puede existir al parangón con el libertador de
Uruguay y Buenos Aires, el Gran San Martín. No preten-
demos desmerecer los relevantes méritos de este ilustre pro-
cer de la libertad americana, pero bajo el punto de vis-
ta mercantilista militar, que es el que hemos estado
esta polémica, Maipo y Chacabuco, las dos acciones tu-
garon que un trójeo se arrojara, le colaron a nuestra
distancia del mérito generoso del Santísimo.

¿Pero Sucre, el gran Sucre, el ilustre conde-
do que mandaba las huestes republicanas en Pichincha
y Ayacucho, no habrá alcanzado un renombre militar mu-
cho más alto que el doña, que fue simplemente un ca-
ballero en aquellas heroicas jornadas? - Jamás es-
ta cuestión de explicar este aparente contrasentido, por-

mitásemos descubrimos reverentes ante la figura in-
maculada del más simpático de los próceres de la A-
merica Española: su nobilísimo carácter nunca desmen-
tido, sus esmerados y desinteresados servicios como soldado,
como legislador y magistrado, le marcan en la Historia un
puesto natural al lado de Quiroga y Washington; pe-
ro sus laureos militares se eclipsan en presencia de los
del verdadero vencedor en Pichincha y Ayacucho. A-
claremos este enigma, previos algunos reflexiones preliminares.

En América, la Táctica militar y la
Estrategia, son artes casi desconocidas: la mayor parte
de nuestros generales, son todos, ^{son} jóvenes exaltados y en-
terriastas, proclamados como tales, al finiquitar una
pequeña operación, por alguna desnoche; o inocen-
tes campesinos, o quienes una hazaña impensada, en
el curso de alguno de nuestros frecuentes turbulentos re-
lucamientos, levanta inopinadamente a aquel punto.
Y tanto por eso, como porque lo quebrado y viscoso de
nuestro modo, lo rápido e inexplorado de nuestras retas,
y más que todo, nuestra carencia casi absoluta de un
sistema de comunicación, no permiten conocer los movimientos
del enemigo, ni observar sus operaciones, - toda com-
binación o evolución de acuerdo con el arte, viene a ser
insuficiente, y a las veces peligrosa. Entre nosotros, cualquier
pequeño, por mucho e ignorante que sea, con un poco de
ambición y muchos atrevimientos, puede resultar un
magnífico general; puesto que el éxito de una bata-
lla cualquiera no depende casi nunca, sino de una
buena posición, de una carga oportuna y vigorosa, o
de una sorpresa.

Fue en Europa, y aun en los Estados Unidos,
hoy día, un general estimado sobre la cuspide de una
columna que dominara un horizonte bien despejado de
20 o 30 leguas, lejos del peligro, con un mapa y un com-
pas en la mano, pueda ganar una batalla, movi-
gando a discreción, con un cierto jugador de ajedrez,
fuerzas perfectamente disciplinadas y autoritarias,
se comprende; pero en América, el jefe que no consigue

a la cabeza del ejército, o que no tenga en un defecto, su
 no obstante que lo reemplacen oportunamente,
 en esta especie de maniobras, es también perdido. Lo
 explica satisfactoriamente porque distintos
 estrategías, que como Morillo, Larrea y Cortés,
 habían militado con éxito en las últimas
 guerras de la Península, fueron aquí frecuentemen-
 te víctimas del error y de la temeridad de nues-
 tras improvisadas e incultas generales. Pero no
 ha convencido a este respecto, que no había la menor exage-
 ración al decir que cualquiera de los grandes maes-
 tros del arte, incluso Napoleón y Bonaparte, que
 hubiera vivido o marchado en persona las huestes es-
 pañolas, en nuestras guerras de independencia, despa-
 mente habría salido bien librado de una carga de
 Infante o del Negro Prieta.

Ahora, permitáseme concluir, aplicando
 esta doctrina a nuestros dos ejércitos competidores.
 Al Gran Sur, en el centro de la mayor parte de un con-
 tinente, fuera del campo de batalla, era un jefe de fun-
 das errancias, especulando, como ya lo hemos visto,
 para la dirección general de una campaña, y para or-
 ganizar y movilizar un ejército; pero en el momento
 mismo del combate, era muy superior a Córdoba un
 jefe de los conceptos, y no porque carecía de valor,
 sino porque su misma respetabilidad, unida a un con-
 tinente frío y con tanto reservado, le retiraban de un solda-
 do, que en el momento de los fuegos, ya no volvería a
 ver ni a vivir en Córdoba. En efecto, la belicosa
 apertura de aquel gallardo joven, lo estallaron de
 la muerte, el fuego irresistible de sus miradas, estorza-
 ban al soldado en grado tal, que, según del triunfo, is-
 gurando un penacho, se lanzaba a la muerte, en sa-
 nado.

En Pichincha, el ejército patriota, si pesara des-
 cupar una posición inaccesible sobre la cima de al-
 quel volcán, casi fue conquistado por Almorán, y se
 replegaba ya en desorden hacia la parte opuesta,

mandó Córdoba, que estaba a la retaguardia, que
 citados del peligro, en medio de la confusión, ordena
 a la columna de las compañías del batallón "Mag-
 dales", a través el impulso de los vencedores, rehu-
 a el combate, y en medio de media hora, todo ha
 terminado, o impedido de aquella carga fune-
 rable. ¿Fue, pues, allí el verdadero vencedor?
 En Ayacucho, Surco, ni siquiera he-
 rido de haber escogido una buena posición: se con-
 daria que competidor por una victoria ineludible del
 libertador, tanto de librar la batalla en el momento
 que se peleaba que ocupaban los españoles, o la razón en
 que tal victoria llegaba a manos de aquel. ¿Qué fue
 la victoria del General en Jefe en aquella célebre
 batalla? El uso de la Historia nos muestra transmiten-
 la victoria dada a Córdoba, un año o dos después de un
 jornada, de auxiliar el centro de los independientes, e
 mandado por Larrea, cuando había empezado ya
 a ceder; fuera de esto, y de comprometer la reserva
 de la reserva, desde un principio, según afirma el he-
 roico Restrepo, no volvió a ejercer su función que
 la de servir la capitulación del ejército realista,
 cuando Córdoba, al presentarse a Larrea prisi-
 onero, le acordó que todo estaba ya concluido. El
 que la gran victoria, como ya lo hemos manifesta-
 do, se resume íntegramente en el famoso grito de
 "Paso de vencedores!" dado por Córdoba al quitar la
 primera y decisiva carga; después de su grito de esta
 na resonancia, la derecha, el centro, la izquierda y
 la reserva del ejército realista, arrasados, destrui-
 dos, destruidos por los otros escuadrones de la
 fatigada avanzadora de Córdoba, se entregaron a
 discreción.

¿Fue, pues, allí el verdadero vencedor en
 aquella gran jornada? El jefe más competente
 entre aquellos dos experimentados campeones, el gran
 Bolívar, contestó a esta pregunta, háyase más de
 media centuria, al colocar un cañón sobre las

sinos del marqués Córdova, en presencia del marqués
Grat Saiz, la guarnición destinada por la luc-
dad del cuero para el tiempo pasado en Ayacucho.
 Y la postura, que ha empezado ya para ambos
hijos, ha terminado con un acuerdo asentado
lo, el augusto verdicto del gran juiz. ¿Quiera
se atreviera en lo venidero a establecer un partido uniguano?

Y sin embargo, nuestro modo de pen-
sar en este punto, tiene impugnaciones de torbo de
lo como el Señor Iturrigaray y el Señor Grat Porada: el primero
de estas escrituras, que, al describir en un Historia
del Consulado y del Imperio, la célbre batalla de Ma-
uy, deja comprender al lector, sin el menor asomo
de duda, que el éxito de ella se debió principalmente
al Grat Desaiz, dado que a las tierras de la banda, hacia
en que este interrin, con facultades discrecionales,
ya el Primer Comandante estaba completamente desem-
pleado, acaba por asentarse en un último apreciamien-
to, que, a pesar de todo, el verdadero verdadero fuero
Bonaparte, sin mas fundamentos que el que este
habría organizado el ejército francés y dirigido la com-
pañía. Y el Señor Grat Porada, adoptando una opinion
uniguana a esta, afirma tan bravamente que el verdadero
verdadero en Ayacucho fuero el Grat Saiz, todo vez que
el fuero el primero que convenció dónde estaba el pe-
ligo, dió la orden a Córdova de cargar el enemigo
y desalojarlo de dos puntos vecinos, á un otro, que
mas quisiera en el momento, que garrara la batalla
uniguana. ¿Qué quiere prevision han por querido!!!

Imperio, con el respeto que no me-
recen tan eminentes escritores, y, mucho especialmen-
te el Señor Grat Porada, acceder por otra parte, a nues-
tra más profunda gratitud, por haber ido el primero
mem historiador que se ha propuesto vincular la
memoria de nuestro valor contemporáneo, no debemos
podernos aceptar sin mas dificultad, la opinion que
ellos establecen en absoluta.

En buena hora que los franceses, para quien

nes Maripstein, un cholo, resume exclusivamente
todas las glorias de un tiempo, quiere concretar
á Desaiz en la orden que han justamente le comen-
zado; esto no es importante, y al fin y al efecto, es
un prejuicio generalmente admitido en toda
América, que todos los grandes ocurrencias de un
país, se reflejan en la parte del Maripstein, pero
que no deben, los hijos de la República, dejar cada un
ciudadano á su capricio exclusivo de usar, queriendo
un modo prejuicio tan degradante, es una que no se
explicamos.

Y repliqueando directamente al Señor Grat Por-
ada, si una simple orden dada á un subalterno,
desde luego, y sin el menor peligro, bastara para que
se cumpliera un tiempo en los últimos procesos en
que se describió el causa de ella, ¿qué batalla podría
perderse alguna vez? ¿cuál era el General en Jeje
de un ejército, por un subdito que le impugnó, que ante
los de un ejército los franceses, no les ordenara á un fran-
co que obstruyera la retirada á todo trance? Pero ¿
habría de suceder entonces que entre los dos ejércitos de un
fuertes contendientes debería un tiempo una orden re-
vocada, se haría batallas nuevamente todo estable.
Ya queríamos saber cuál había ido el éxito de la
batalla de Ayacucho, si troubando los papeles, le hubiéramos
hallado á Desaiz ordenando la simple orden de des-
alojar al enemigo de todas las partes de los perros. Y,
finalmente, si el éxito de las batallas, de perdió un
pre de nuevas ordenes, ¿ qué había en Oruro, tan
por había ido. Si se debería ordenar en Ayacucho, un
Bolívar, ¿ por no debe ordenarse que la orden de la
batalla recita alguna orden que este le dirigiera des-
de León, de que habría al enemigo orden de
encuentro. Pero, ay! que del de un ejército
á grande la distancia, apenas asentado un punto que
que todo el mundo repite de nuevamente.

Al fin de nuestras impugnaciones de hecho, co-

[Faint, mostly illegible handwritten text in Spanish, possibly a letter or document fragment.]

[Faint handwritten notes or signatures.]

EL TERCER PISO
BIBLIOTECA
SANTO-DOMINGO

